

ARTÍFICES



artesañas
de colombia

50
HISTORIAS



“Piensa bonito, habla bonito, teje bonito”

Hugo Jamioy, etnia Kamëntsá,
Valle del Sinbunday, Putumayo, Colombia.



artesanías
de colombia



LA ARTESANÍA EN LA VIRTUALIDAD

La edición número 15 de la revista Artífices recoge las historias de 50 artesanos ubicados en 41 municipios de 24 departamentos del país. Estas historias hablan de comunidades indígenas, afro y tradicionales de las regiones Caribe, Pacífica, Andina Orinoquia y Amazonía, lo que convierte esta entrega en una muestra de la riqueza y diversidad del trabajo artesanal que hay en Colombia.

Las historias aquí recopiladas tienen un objetivo que va más allá de esta publicación. En esta oportunidad, quisimos vincularlas a uno de los proyectos de promoción más robustos y recientes de Artesanías de Colombia: el Marketplace, una Tienda Virtual artesanal que se creó para fortalecer y renovar las estrategias de comercialización en medio de una Pandemia.

Con el fin de ofrecer un experiencia de compra completa, donde los usuarios de esta nueva plataforma pudieran comprar artesanías, y a la vez conocer las historias detrás de sus artífices, nuestro equipo editorial desarrolló contenidos sobre ellos, su trabajo, el territorio que habitan y las tradiciones de sus comunidades.

Como en ediciones anteriores, Artífices 15 viene en un formato digital, pero esta versión tiene como novedad la interactividad que permite una inmersión por capas en la en trabajo de los artesanos. Así, se comienza por un mapa por regiones que georreferencia al lector para luego llevarlo al perfil del artesano y, con un clic, llegar luego a su oficio, técnica y tradición, para, finalmente, tener la opción de ingresar al contexto social y cultural al que pertenece. También, las 50 historias tienen la opción de ir a la página de los artesanos dentro del Marketplace y de esta manera facilitar la venta de sus creaciones en línea.

Este viaje interactivo permitirá exaltar el trabajo de las manos de miles de artesanos que elaboran hermosas piezas en las que se plasma la identidad, el conocimiento y la tradición de nuestros pueblos.



Ana María Frías Martínez
Gerente General Artesanías de Colombia

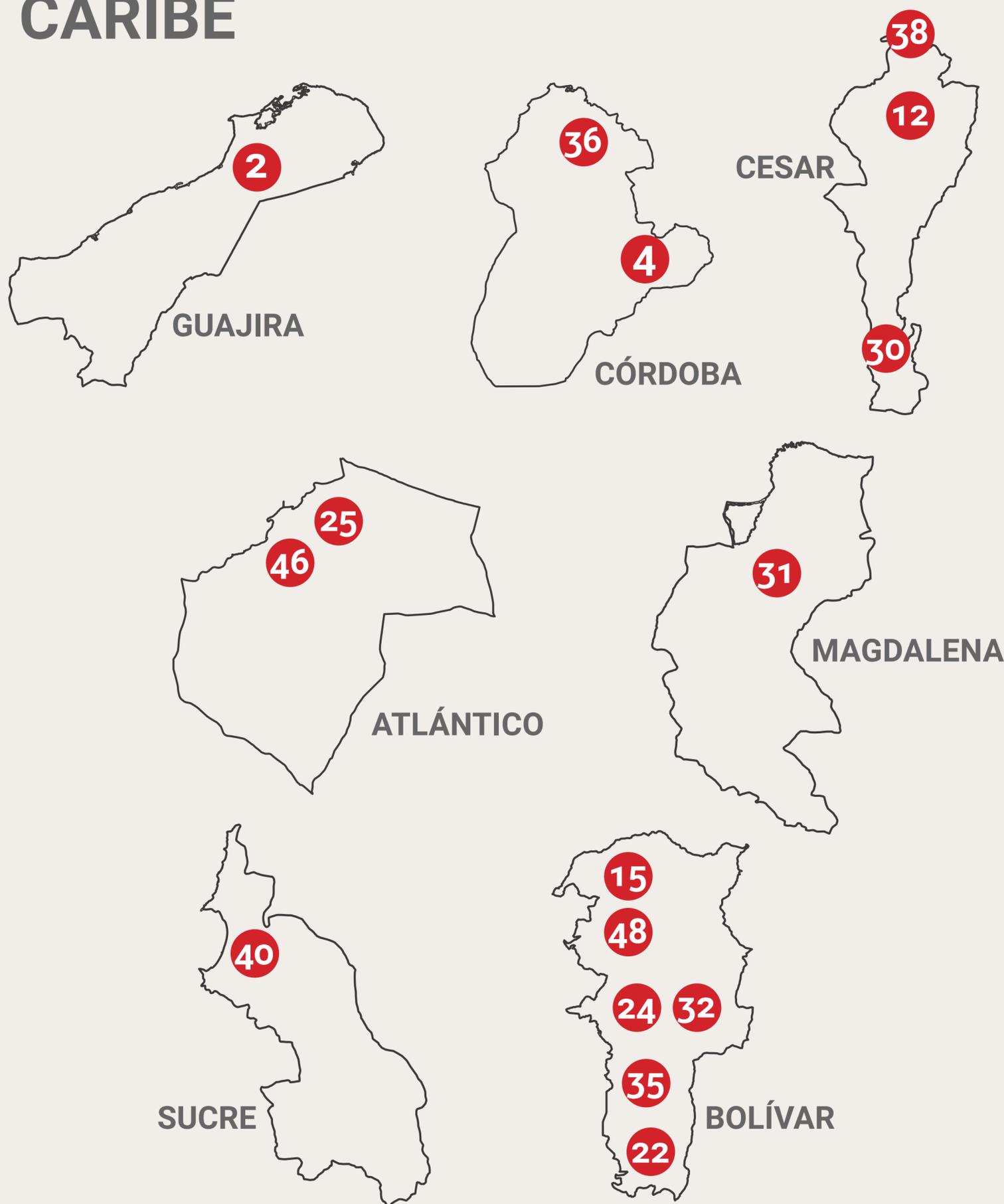


MAPA REGIONES

ARTESANOS COLOMBIANOS

Región

CARIBE



- 2.** Adeinis Boscán González
- 4.** Alcides Manuel Vides
- 12.** Cheikarungumu Torres
- 15.** Edio Miguel Barrios
- 22.** Hermes Manjarrez
- 24.** Jaider García Torres
- 25.** Jesús Orellano
- 30.** Juana De Dios Díaz Vega

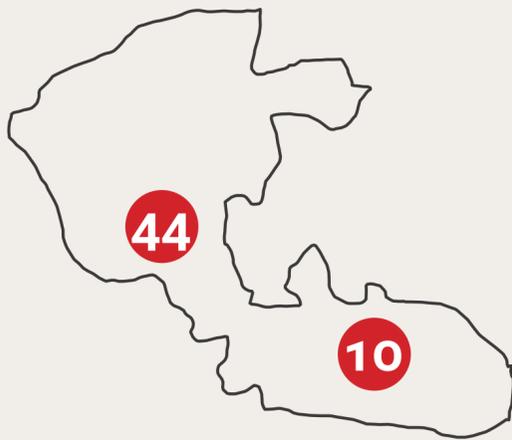
- 31.** Judith Marina Torres
- 32.** Ledis Oneida Jaramillo Ariza
- 35.** Ludys Carval
- 36.** Luisa Flórez
- 38.** María Sofía Martínez
- 40.** Martha Borja
- 46.** Sandra Patricia Muñoz Peña
- 48.** Teresa Barrios

Región

ANDINA



SANTANDER



RISARALDA



CUNDINAMARCA



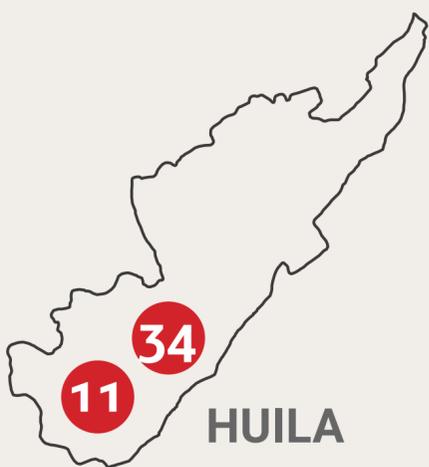
BOYACÁ



ANTIOQUIA



TOLIMA



HUILA



CALDAS

- 3. Adriana Caipe
- 5. Alejandra Agudelo
- 8. Ana Rosa Torres
- 10. Carlos Alberto López
- 11. Carlos Medina
- 16. Eduar Cardona Montoya
- 17. Elida Eugenia Jaramillo
- 18. Fransisco Silva
- 19. Gabriela Narváez
- 21. Graciela Sanabria
- 26. José Delio Porras
- 33. Liliana Grueso Dura
- 34. Listbina Becerra Rengifo
- 39. Marina Niño Celis
- 41. Miguel Ángel Avilez
- 44. Rómulo Huipa
- 45. Reinaldo Niño

Región

AMAZONIA



- 23.** Jackson Suárez Vela
- 29.** José Pablo Neicase
- 37.** Marcelino Chasoy

Región

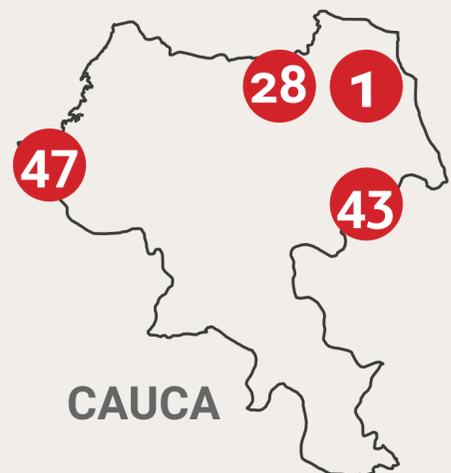
ORINOCO



- 6.** Ana Isabel Jagua Galindo

Región

PACIFICO



- 1.** Addo Obed Possu
- 7.** Ana Julia Guerrero
- 9.** Angélica Chiles
- 13.** Claudia Marleny Ramírez
- 14.** Crucelina Chocho Opua
- 20.** Gilberto Granja
- 27.** José Felix Murillo

- 28.** José Miguel García
- 42.** Octavio Toro Ocampo
- 43.** Patricia Hurtado
- 47.** Teodula Mancilla Rodríguez
- 49.** Tomasa Quiñones Murillo
- 50.** Zoraida Collazos



1. EL SONIDO DE LA CHONTA

Addo Possu nació hace 64 años en Santander de Quilichao, Cauca. A los cuatro años su padre lo llevó a los ensayos de Los Macheteros de Cauca Grande, una agrupación que interpretaba jugas y torbellinos caucanos. Addo se fascinó con el sonido de los tambores y la manera en que los músicos los armaban y desarmaban con las manos. Diez años después, inició sus estudios de folclor en el Instituto Popular de Cultura de Cali. Aprendió sobre cununos, bombos y tambores, y sobre las raíces africanas desperdigadas en el Pacífico colombiano. A los 18 años viajó al litoral Pacífico a profundizar sus estudios académicos con trabajo de campo. Quería conocer los secretos de las marimbas y las tamboras, y convertirse en luthier: en un hacedor de instrumentos formado por la selva. Vivió en la zona rural de Guapi, Cauca, en donde se hizo amigo del famoso marimbero José Antonio Torres, Gualajo. Con la familia Torres aprendió a golpear mejor los cueros y a tocar la marimba de chonta. Pero Addo estaba más interesado en fabricar los instrumentos que en tocarlos. Se dedicó a la elaboración de tambores y, a mediados de los años ochenta, fundó en Cali el Taller Fundación Katanga, reconocido como una institución de la cultura afro en Colombia.



En la zona del delta del río Dagua, cerca de Buenaventura, la Fundación Katanga tiene terrenos sembrados con árboles de balsa macho, balsa hembra y palmas de chonta. Hay un grupo de personas que se encarga de desbastar los troncos a machete y sacarlos a lomo de mula y en canoas por el río. La madera es enviada al taller en Cali en donde se tornea, se pule y se cortan las tapas de balsa hembra para ponerlas por debajo a los tambores. Con las láminas de chonta hay que tener precisión mística. El corte debe hacerse después del tercer día de la luna menguante. Luego hay que procurar que cada tablilla de chonta se seque bien, en medio de un cuarto caliente, cuidando que no reciba el sol de manera directa. De esa manera se asegura la máxima calidad sonora y vibratoria de las láminas de la marimba.





La Fundación Katanga conserva y difunde el conocimiento y las prácticas folclóricas del Pacífico colombiano con el objetivo de mantener vivo un importante legado musical. La fundación cuenta con diferentes programas como el Semillero de Luthiers, el cual promueve la interpretación y construcción de instrumentos como los cununos, las timbas, los guasá y las marimbas, y Cantos del Mar, enfocado en la formación de decenas de niños y jóvenes en el canto y la percusión tradicional del Pacífico. En estos programas la investigación y la cultura funcionan como transformadores de la sociedad, a través de un trabajo en donde la música contribuye a la creación de comunidades con una sólida identidad cultural.





2. TEJER ESTRELLAS CON LAS MANOS

Adeinis Boscán González creció bajo la tutela de su abuela Macaira Sapuana. De niña la ayudaba a destejer chinchorros viejos y, con los mismos hilos, aprendía a entorchar hamacas o tejer mochilas que usaba para la escuela. Al regresar del colegio, la abuela le regalaba retazos de mantas con los que hacía vestidos para sus muñecas de barro. Adeinis creció hilando y cosiendo en la enramada en la que vivía con su familia, a 64 kilómetros de Maicao, en la Comunidad Wayúu Estrella Einalii, en La Guajira. Su abuela y su madre, Elena González, fueron sus mentoras. Las dos mujeres le enseñaron la pasión y paciencia que requiere el oficio ancestral del tejido. A los 36 años, Adeinis orienta a 25 tejedoras que hacen parte de la Asociación de Artesanos Estrella Einalii. Un grupo que inició en 2014 cuando varias mujeres wayúu se agruparon con el fin de despachar un pedido de 125 mantas. A partir de ese momento inició la producción de mochilas, carteras, bolsos, cartucheras, chinchorros, pulseras, mantas y llaveros. En 2018 la asociación se formalizó y hoy, además de trabajar con mujeres tejedoras, emplea a hombres jóvenes que se encargan de procesos específicos de los tejidos como el tapizado en peyón, una técnica que se utiliza en los tapices decorativos de la etnia.



En el taller Estrella Einalii se utiliza la aguja No. 7, la cual es ideal para el croché. Esta aguja, de puntada fina y delgada, es guiada por las manos de las artesanas en busca de las formas y colores de los tejidos característicos wayúu: los kaanás. Figuras geométricas que representan el cielo, el mar, las raíces familiares o los animales del desierto expresados en los entramados de las mochilas. En el caso de los chinchorros, uno de sus últimos diseños se inspiró en la noche estrellada. A este chinchorro –de color negro, amarillo y gris– lo llamaron Constelación e involucró a todos los integrantes del taller. Mientras unos tejían con hilos otros elaboraban los flecos y ensamblaban las partes. Se trata de un chinchorro emblemático que representa el alma de esta comunidad.





TEJER ESTRELLAS CON LAS MANOS



Para los wayúu tejer es mucho más que una práctica cultural. Es una forma de concebir y expresar la vida. Es la manera en la que han escrito y transmitido la historia de su pueblo. Según el mito, los kaanás le fueron enseñados a la primera mujer wayúu por la araña Wale' Kerü. La araña tejedora le entregó al pueblo wayúu los secretos de esos patrones geométricos y, en cada una de las piezas del

taller Estrella Einalii, se mantiene viva esta cosmogonía. Una asociación de artesanos que enseña a las nuevas generaciones la tradición ancestral, hilada desde la misma noche de los tiempos hasta el día de hoy, en el que han logrado establecer una dinámica social y económica que beneficia a numerosas familias de la región.





3. MANOS CREATIVAS

El amor por la artesanía surgió poco a poco en el corazón de **Adriana Caipe**. Aunque creció viendo a su mamá hacer sombreros con la paja tetera, fue hasta los 25 años que quiso aprender el oficio. Cuando se graduó del colegio, estudió docencia en ciencias naturales y realizó un técnico en sistemas y administración ciudadana. Luego de trabajar varios años en la Secretaría de Educación y en la Alcaldía de Ricaurte, Nariño, decidió darle un vuelco a su vida y aprender el arte de la tejeduría con paja tetera. El oficio le permitía trabajar desde su casa, estar cerca de su hijo y ser la dueña de su tiempo. En ese momento ingresó a Manos Creativas, una asociación compuesta por trece mujeres emprendedoras de la vereda de San Isidro, Nariño. Adriana empezó a conocer la materia prima y a tejer pequeños aretes y manillas. Hoy, a los 38 años, asegura estar enamorada de un oficio que le ha permitido conectar con su fuerza creativa y honrar un importante legado cultural.

La paja tetera no se cultiva en San Isidro. Para conseguirla, Adriana Caipe y las artesanas de Manos Creativas deben esperar a que los indígenas de la etnia awá les lleven los rollos de la palma. Durante una noche remojan la fibra, luego la secan y la limpian con un trapo húmedo. Para tinturar utilizan anilinas, con las que obtienen el color negro y terracota, y el tallo y las hojas del nogal, con los que consiguen los diferentes tonos de café. Después dividen las fibras dependiendo la medida del objeto que vayan a realizar y comienzan a tejer a mano piezas de bisutería y los productos de la línea de cocina: individuales, caminos de mesa, portavasos y servilleteros. Finalmente rodean cada uno de los productos con una trenza de la fibra que hacen en la máquina de coser para que los acabados sean finos y resistentes.





En el departamento de Nariño existen 22 oficios artesanales, entre los que se destaca la tejeduría con fibras naturales como la paja tetera, la cual ha marcado la identidad de San Isidro. Desde 1995, cuando varias artesanas se unieron para formar la Asociación Manos Creativas, la vereda ha sido reconocida como uno de los lugares donde mejor se trabaja la paja tetera. Más

de 50 mujeres de otros municipios han llegado hasta Manos Creativas para capacitarse en el oficio. Además, entre todas lograron conseguir recursos para tener una sede propia. Hoy son un ejemplo, no solo por la calidad de sus productos, sino por el empeño y las ganas que todos los días le ponen a una labor que sigue enaltecendo el oficio artesanal de una pequeña vereda de Nariño.





4. EL TEJIDO DEL BOCACHICO

Fue una infancia difícil la de **Alcides Manuel Vides**. A los 10 años, tras la muerte de su padre, llegó a Cartagena en donde tuvo que rebuscarse la vida vendiendo refrescos, fritos o bolsas en las calles. Cansado de ello decidió regresar a su pueblo natal junto a su madre. En Ayapel, Córdoba, encontró un oficio que le permitió reencontrarse con el gozo de vivir: la pesca de bocachico en la ciénaga grande. En medio de las estilizadas garzas reales, Vides pasó años tranquilos hasta que la pesca decayó y se hizo insuficiente. Para entonces se había casado y había adquirido un nuevo hobby: fabricar artesanías con cepa de plátano. A los 34 años, aprendió a hacer bolsos, canastas y bandejas con la fibra. Su esposa fue su primera maestra. Luego, una profesora le enseñó a trabajar con el fique y Vides se hizo un virtuoso en la elaboración de tapetes y mochilas. De ahí pasó al tejido con palma de seje. Se le ocurrió entonces hacer dos piezas provenientes de su pasado como pescador: una barca y un bocachico. Las dos artesanías se convirtieron en éxitos inmediatos. A partir de ese momento la vida de Alcides Vides cambió. Ahora, a sus 44 años, dirige el Taller Artesol en el corregimiento de El Cedro, en Ayapel.



El proceso de elaboración de artesanías en palma de seje inicia con el corte de la flor. Luego, la flor se pone a secar bajo el sol durante varios días. Una vez está seca se pone a hervir en agua para lograr maleabilidad y así poder trabajarla con las manos. De allí surgen jarrones, portacubiertos, centros de mesa, canastas, colgaderos para las flores, materos y lámparas de pequeño y gran formato. Los diseños se hacen según el gusto y el pedido de los clientes, pero también salen de la imaginación de los tejedores de Artesol. Una creatividad que está bajo el poderoso influjo de la ciénaga grande de Ayapel, sus peces, aves y barcas. Una extensa cuenca en la que confluyen el río San Jorge, Los Pantanos de los Pájaros y varios caños como La Ceiba, Caño Barro y Las Escobillas.





En el corregimiento de El Cedro, a veinte minutos de Ayapel, viven alrededor de 3.000 personas. Después del declive de la pesca en la ciénaga, las artesanías con palma de seje se convirtieron en el sustento de por lo menos la cuarta parte de la población. El Taller Artesol, junto a otros emprendimientos artesanales, ha constituido un motor económico de la región, desde donde se promueve el oficio

y se garantiza el ingreso y bienestar de 700 familias. La palma de seje provee oficios varios para aquellos que se adentran en el monte a cortarla, o para los soldadores que elaboran los esqueletos de los canastos y lámparas, así como para los tejedores, que como Alcides Vides volvieron a nacer gracias a la palma.





5. EL CARRIEL: TRADICIÓN E INNOVACIÓN

Alejandra Agudelo solía embadurnarse las manos con la solución blanca que encontraba en el taller de su abuelo en Jericó, Antioquia. La dejaba secar sobre la piel, la arrancaba y armaba pelotas de goma con las que jugaba. Hoy usa esa misma solución para unir las piezas de los guarnieles que luego cose a máquina. Alejandra estudió Licenciatura en Ciencias Sociales en la Universidad de Antioquia. Mientras daba clases en algunos colegios de Medellín, el oficio ancestral al que se había dedicado su padre y su abuelo se abría paso dentro de ella con la fuerza de lo inevitable. Estudió marroquinería y talla de cuero en el Sena y una tarde, conversando con su hermana, Carolina Agudelo -Licenciada en Biología-, decidieron regresar juntas a Jericó para dedicar sus vidas a la guarnielería. Ambas unieron esfuerzos y abrieron Carrielarte, un negocio familiar dedicado a la elaboración de artículos de cuero.



EL CARRIEL: TRADICIÓN E INNOVACIÓN

En el Taller Carrielarte trabajan seis integrantes de la familia Agudelo y algunas personas del pueblo en distintos oficios como el corte de cueros y los tejidos a mano. Lo primero que se hace al elaborar un carriel tradicional es seleccionar la moldería del diseño deseado. Luego se escogen las piezas de cuero que llevará. Bien sea que el carriel use cuero que lleva pelo, o cuero rojo para las tapas, o vaqueta amarilla para los falsos, o charol para las riatas, estos retazos se cortan con las medidas dadas por los moldes. Después se ensamblan los fragmentos de cuero con solución blanca y luego con la máquina que los cose con precisión. El carriel típico paisa utiliza de 117 a 125 piezas. Además de la fabricación de carrieles, la familia está al frente de una empresa de bolsos, billeteras, maletines, correas, sandalias y monederos hechos de manera tradicional o con tratamientos innovadores como la talla sobre el cuero, el repujado y las pinturas en colores vivos.





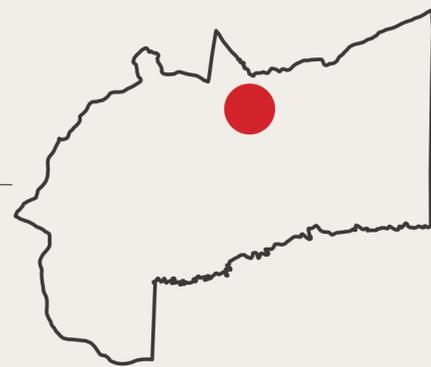
EL CARRIEL: TRADICIÓN E INNOVACIÓN



Alejandra Agudelo supo mezclar su profesión con la vocación artesanal. Realizó investigaciones históricas y trabajos de campo en varios municipios antioqueños con el fin de rescatar modelos, piezas y métodos de fabricación de carrieles antiguos, con los que ahora trabajan en su taller de Jericó. Estos hallazgos hechos por las hermanas Agudelo las han convertido en un símbolo generacional. No solo por

la recuperación histórica de una labor artesanal que rescata una tradición de arrieros, cafeteros y campesinos, sino por la renovación del paradigma de la guarnielería, el cual era concebido como un oficio masculino. Las hermanas Agudelo rompieron con esa idea y han logrado abrir nuevos e importantes caminos para las mujeres artesanas de la región.





6. TEJIENDO CON PLÁTANO

Cuando tenía nueve años, **Ana Isabel Jagua** perdió a su madre. En ese momento dejó la finca ganadera en donde vivía con su padre y sus dos hermanos, para instalarse donde su abuela y sus cuatro tías en Nobsa, Boyacá. Fue allí donde conoció la lana y se enamoró del tejido. A los trece años regresó a la casa de su padre, quien vivía en el municipio de Cabuyaro, Meta. Allí aprendió a tejer en crochet y hacer carpetas y manteles. Cuando se casó se trasladó a Pereira, donde escuchó hablar por primera vez del tejido con fibra de calceta de plátano. Varios artesanos de la zona estaban recibiendo una capacitación y Ana Isabel quiso sumarse. Poco a poco fue aprendiendo el proceso de extracción de la fibra y las técnicas del tejido. Con una amiga comenzó a hacer manteles, manillas y bolsos que vendían en ferias, pero hace doce años su padre enfermó y tuvo que regresar al Meta. Para su sorpresa, descubrió que la región estaba llena de cultivos de plátano y decidió reunir a las mujeres de la zona para crear una cooperativa que les permitiera afianzar el oficio.



Para conseguir la fibra de calceta de plátano, las hojas de la mata tienen que medir más de un metro de altura. Ana Isabel corta las hojas, las abre y comienza a extraer la materia prima. La fibra se extiende sobre una tabla de balsa, donde se limpia con el lomo de un machete hasta retirar el agua y la celulosa de la planta. Luego se deja secar durante dos días al sol, se suaviza con acondicionador o manteca vegetal y se peina con un palo largo que tiene puntillas en el borde. Después se lleva a la hiladora y comienza el proceso de tejido de bolsos, manteles, individuales, carpetas, sombreros y correas.





El municipio de Cabuyaro adoptó la tejeduría con la fibra de la calceta de plátano gracias a la determinación de artesanas como Ana Isabel. Ella se encargó de demostrarles que los cultivos de plátano que abundan en la zona podían convertirse en otra fuente de ingresos, si aprendían a trabajar con la fibra de la planta en diferentes tipos de tejido. Para lograrlo fundaron la Cooperativa Arfiplat, en donde 26 mujeres que

son madres cabeza de familia han encontrado una alternativa de vida. A los 66 años, Ana Isabel quiere demostrarle al mundo la versatilidad de la fibra del plátano creando, junto con las artesanas de la cooperativa, una línea de platos y vasos desechables que replacen el uso del plástico y el icopor. Ella los define como productos de conciencia que nacen de un profundo amor por la naturaleza.





7. TEJIENDO CON LA NATURALEZA

Ana Julia Guerrero perdió a su madre a los ocho años y a su padre a los diez. Gracias a una tía, que se encargó de cuidarla, aprendió desde muy chiquita a fabricar el tradicional sombrero de Sandoná y conoció los secretos del tejido con la fibra de la palma de iraca. A los 15 años se casó y, para sacar a sus cinco hijos adelante, decidió diversificar el oficio. Además del sombrero comenzó a hacer carteras y grandes tapetes de iraca que tejía hasta la madrugada mientras una lámpara de petróleo la iluminaba. Después se unió con otras 40 artesanas para formar la Cooperativa Artesanal Femenina de Sandoná y hace doce años creó el Taller Artesana, una empresa familiar que le ha dado empleo a 36 mujeres del municipio que buscan comercializar sus productos y dar a conocer su trabajo en el país.

Los sábados, en la plaza de mercado de Sandoná, Ana Julia les compra a los campesinos de la zona mazos de cien cogollos que le alcanzan para tejer unos ocho sombreros. Luego separa la fibra para que los hilos no se peguen, la remoja en agua y la sumerge en una olla con agua caliente y tintes naturales o anilinas durante una hora. Finalmente enjuaga la fibra y la cuelga para que la luz del sol se encargue de secarla y cerrarla, y comienza el proceso de tejido sobre un molde de madera que la ayuda a darle la forma a la copa y el ala del sombrero. Ana Julia puede tejer un sombrero en dos días cuando la fibra es gruesa, en una semana si la fibra es delgada o en un mes si la fibra es extrafina. En su casa tiene 80 hormas de sombreros, bolsos redondos, ovalados y cuadrados, anilinas y tintes naturales como el azafrán, el achiote y el nogal. Según cuenta, es todo lo que necesita para dejar volar su imaginación y crear diseños únicos con diferentes tipos de tejidos y colores.





Ana Julia ha sido un ejemplo de vida para las artesanas de Sandoná, Nariño, un municipio que se ha dado a conocer por los famosos sombreros tejidos a mano con la fibra de la palma de iraca. Empezó en el oficio siendo una niña y a los 65 años continúa innovando y buscando diseños que sorprendan sus clientes. Gracias a su empeño, les ha dado trabajo a decenas de artesanas. Ana Julia les reparte la materia prima para que ellas

realicen el trabajo desde sus casas y, cuando el producto está listo, lo envían al taller para que Ana Julia se encargue de comercializarlo en el almacén que tiene en el pueblo. De esa manera reciben ingresos que les permiten llevar una vida digna y mantienen viva una tradición que ha hecho de Sandoná un referente mundial en la tejeduría de iraca.





8

PAISAJES BORDADOS

Ana Rosa Torres cuenta que empezó a tejer desde que era una niña. Mientras su papá se dedicaba a la agricultura, ella veía a su mamá bordar carpetas, juegos de mesa, individuales y manteles. En el colegio le enseñaron a tejer con dos agujas y a dominar las técnicas del crochet y el punto de cruz. El oficio parecía ser parte de su destino. Sin embargo, fue hasta los 25 años que decidió asumir la tejeduría como un camino de vida cuando la señora Cecilia Iregui le propuso hacer parte de un grupo de 25 mujeres artesanas de Chía, Cundinamarca, que se reunían a tejer y compartir saberes. El grupo arrancó en 1965 con la creación del Taller Artesanal Fonquetá, el cual recibió el sello de Calidad Hecho a Mano en 2018. Empezaron haciendo los trajes típicos cundiboyacenses y luego comenzaron a bordar con lana virgen cojines, cofres, bolsos, tarjeteros y cuadros de paisajes costumbristas. En los años 80 ingresaron al taller más de 100 artesanas, de las cuales hoy quedan 15 que están dispuestas a mantener vivo un oficio que empieza a desaparecer.



En los inicios del Taller Artesanal Fonquetá, las artesanas hacían un fondo común para conseguir la lana. Ahora la compran procesada y tinturada a artesanos de Boyacá y Santander que la envían hasta Chía. Según el tamaño de la pieza que vayan a trabajar cortan el paño y comienzan a bordar (una antigua técnica que consiste en decorar la tela o paño de algún objeto o vestido), con la ayuda de una aguja punto roma, imágenes que representan el paisaje de Chía. En los cojines, sillas y bolsos aparece la iglesia de la Valvanera, así como montañas, artesanos, animales y flores típicas del entorno natural del municipio.





Durante más de cinco décadas los bordados del Taller Artesanal Fonquetá han sido una de las referencias artesanales más importantes del municipio de Chía. Por el taller pasaron más de un millón de mujeres que encontraron en el oficio una alternativa de vida para generar sus propios recursos económicos. Sin embargo, con el paso del tiempo comenzó a decaer el trabajo, los pedidos disminuyeron y fueron

pocas las artesanas que decidieron continuar con el bordado. Por eso, con el apoyo de sus hijos y sus nietos, a los 80 años la maestra Ana Rosa Torres espera reactivar la escuela de formación y empezar a involucrar a madres cabeza de familia que quieran aprender la técnica y comprometerse con el tejido. Según la maestra, para que la tradición del bordado continúe es necesario amar y valorar un oficio que ha marcado la vida de tantas artesanas.





9. TAMO DE ORO

Angélica Chiles siempre le gustó crear con las manos. En el colegio aprendió a tejer y a bordar y, aunque pensó ser enfermera, la artesanía terminó imponiéndose. Cuando se graduó de bachillerato, decidió ingresar a un taller de decoración en tamo para aprender la técnica y enchapar piezas con el tamo de la cebada. Luego entró al taller del maestro Miguel de la Cruz, donde estuvo tres años, y después pasó al de Diego de la Cruz, con quien trabajó quince años. En 2015 decidió independizarse y mostrarle al mundo sus propias creaciones. Con la ayuda de su esposo fundó el taller Tamo de Oro, donde otros diez artesanos trabajan enchapando diferentes objetos con diseños inspirados en la naturaleza de la región. A los 43 años, Angélica sueña con expandir el taller, que este año estuvo muy quieto debido a la pandemia, y empezar a desarrollar piezas en tamo para proyectos arquitectónicos que permitan mostrar la versatilidad y belleza de esta técnica artesanal.



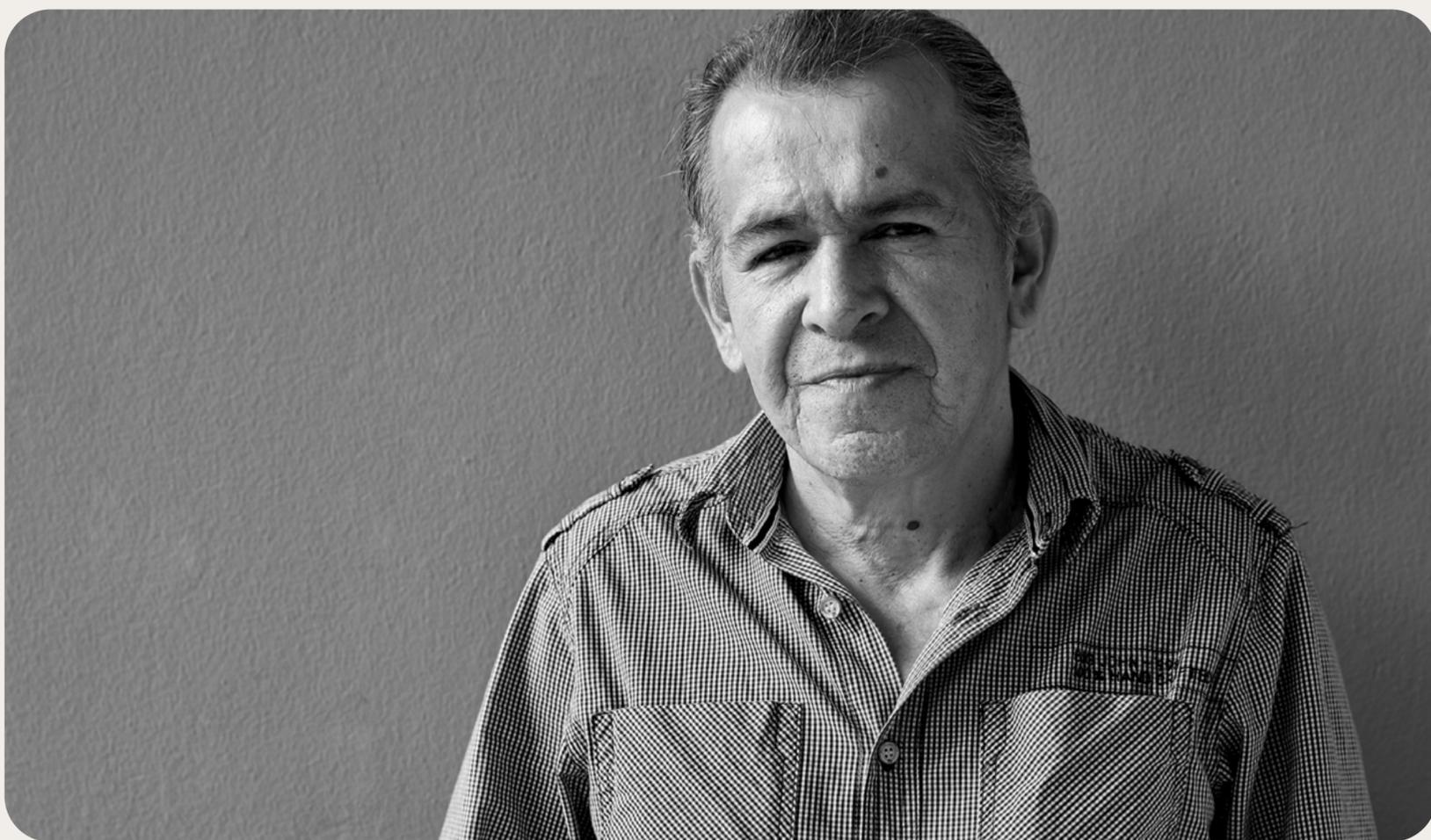
La decoración con tamo es un oficio que exige paciencia y el trabajo de muchas manos artesanas. Las llamadas “entamadoras” son las mujeres que se encargan de conseguir la materia prima, la cual sale de la cebada. Ellas seleccionan el tamo, lo secan, lo pelan minuciosamente hasta dejarlo liso y lo ponen a hervir con anilinas para conseguir los diferentes colores. Luego lo secan, lo abren con una segueta y lo aplanan para pegarlo con colbón en hojas de papel. Esas láminas de colores llegan al taller de Angélica Chiles, quien previamente ha trabajado con ebanistas, torneros y talladores de Pasto para indicarles las medidas y el diseño de los jarrones, centros de mesa, bomboneras, platos, floreros y máscaras de madera que van a enchapar en tamo. Con maestría Angélica corta las láminas en finas tiras que va pegando, una a una, sobre el diseño que ha creado en la madera. Finalmente aplica un sellador, lija y barniza con lacas para darles un acabado brillante o mate a piezas únicas que fascinan por sus llamativos colores y diseños.





La técnica del enchapado en tamo es una de las más populares en Pasto. El tamo se obtiene durante las cosechas del trigo y la cebada, y antiguamente era utilizado para rellenar los colchones y los muebles de las casas. Aunque no hay datos concretos que indiquen cómo surgió la técnica, algunas versiones sostienen que llegó a Nariño en la época de la colonia, ya que distintas piezas religiosas estaban decoradas con esta fibra vegetal, pero fue hasta el siglo XX que se afianzó el oficio. En Pasto más de 4000 artesanos se dedican hoy en día al tamo. Sin embargo, la pandemia ha afectado a la gran mayoría, muchos talleres cerraron y otros, como el de Angélica Chiles, luchan por mantener vivo un legado que hace parte de la cultura artesanal de Nariño.





10. LAS BATEAS DE SANTA ROSA

Carlos Alberto López creció en la zona rural de Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Aprendió a ser arriero y a cortar madera para hacer largas piras de las que luego extraía carbón. Cada semana, junto a su padre, bajaban de la vereda con bultos de madera y carbón para comercializarlos en el pueblo. Carlos Alberto sabía, desde muy pequeño, que su vida estaba ligada a la madera. A los doce años, su familia se trasladó de las montañas al casco urbano. En Santa Rosa, los tíos de su mamá desarrollaron una tradición familiar que los posicionó como los precursores artesanos de la batea en la región. Carlos Alberto aprendió el oficio de la madera viendo cómo su padre y sus tíos transformaban troncos de cedro colorado en resistentes bateas para la mesa y la cocina. Su adolescencia inquieta lo llevó a experimentar con nuevas formas: tablas para picar, molinillos y cucharas ampliaron el repertorio artesanal de la familia, junto a la implementación de otras maderas como la del guacamayo y el pino. A los 25 años fundó el Taller Manos Creativas. Hoy tiene 58 años y emplea a tres sobrinos. Además de los utensilios del menaje de cocina fabrican vistosos fruteros, tablas para quesos, centros de mesa y una amplia gama de animales decorativos como elefantes, toros, caballos y jirafas hechos en urapán.



Los bloques de madera de nogal cafetero, pino o urapán se compran en depósitos. Luego, Carlos Alberto López corta, con una sierra sinfín, las medidas deseadas para hacer ensaladeras, bateas o animales decorativos. Se ayuda con un torno para curvar la madera y de una azuela (un hacha de mango corto) para sacarle el relleno a un frutero quitándole lo que le sobra hasta alcanzar la curva convexa, la cual lija con prolijidad. Respecto a los diseños de toros y elefantes, López los dibuja y hace moldes para guiar los cortes de las máquinas. Los cachos y rabos se cortan con mucha precisión. Si un cliente los compra para llevar, los animales son embalados con las partes separadas listas para ensamblar.





Santa Rosa de Cabal ostenta una tradición artesanal que se destaca por sus piezas de madera para la cocina, los balcones coloniales y los productos decorativos. El Taller Manos Creativas es reconocido en el pueblo por su trabajo con el urapán y el nogal cafetero. Para los jóvenes artesanos del municipio, Carlos Alberto López es un referente del oficio porque descende de los precursores de esta

tradición artesanal. Con frecuencia lo visitan para que les enseñe los secretos del oficio. Él lo hace con el anhelo de que ellos abran sus propios talleres, propaguen el conocimiento y trabajen la madera con la misma dedicación de los ancestros.





11

○ PITALITO: PODER ARTESANAL

Carlos Medina conoció la arcilla gracias a su hermana mayor, quien se dedicaba a crear y comercializar diversas piezas de barro. Comenzó haciendo animales en sus ratos libres y, cuando se graduó del colegio, entendió que la artesanía era su camino. Para probar la destreza de las manos, empezó haciendo marranos y patos en miniatura, luego creó pequeñas fincas campesinas compuestas por una casa, una gallinera y una cochera, y a inicios de los años 90 se asoció con un comerciante de Estados Unidos para sacar replicas exactas de los tranvías de Nueva Orleans. Teniendo como referencia 90 fotografías, se dedicó a moldear con sus manos los vehículos. Con el tiempo empezó a producir una línea de chivas, aviones y jarrones, y en 2009 asumió, durante cinco años, la presidencia de Ashuarte, una asociación compuesta por 37 artesanos de Pitalito que siguen soñando con fortalecer las vías de comercialización de los distintos objetos artesanales de la región.

Pitalito, Huila, es conocido por la calidad de la arcilla que surge en su territorio. Para crear sus piezas, Carlos Medina trabaja con barro molido, con el que hace los jarrones y las figuras más grandes, y con barro colado, una mezcla más fina con la que moldea las miniaturas y los personajes de las chivas. Con la destreza de las manos va creando las figuras, después las pule y las deja secar durante tres o siete días sin exponerlas directamente al sol. Luego quema las piezas en un horno de gas, las pinta con pinturas a base de agua y las pega con colbón para que le den vida a las tradicionales y coloridas chivas.





En los años 70, el país puso sus ojos en las artesanías de Pitalito luego de que la señora Cecilia Vargas hiciera famoso al municipio con sus populares chivas, las cuales representaban la idiosincrasia de la región. En ese momento el sector artesanal de Pitalito comenzó a surgir a través de variados oficios como la talabartería, la talla de piedra, las esculturas de hierro, la tejeduría, la bisutería, la talla de madera y la

cerámica. En los años 80 se abrió el Centro Artesanal de Pitalito, en los 90 surgieron pequeñas asociaciones y cooperativas, y en 2009 se fundó Ashuarte, la Asociación de Artesanos del Sur del Huila. Sin embargo, la práctica artesanal ha ido disminuyendo en el municipio. Actualmente solo unas 200 familias viven del oficio y son muy pocos los jóvenes que están interesados en continuar la tradición. Pero a los 50 años Carlos Medina no pierde la esperanza de que, después de la pandemia, Pitalito vuelva a brillar como uno de los pueblos artesanales más atractivos de Colombia.





12. EL CORAZÓN DE LA SIERRA

Cheikarungumo Torres nació hace 38 años en el resguardo arhuaco de la Sierra Nevada de Santa Marta. Su nombre significa tierra y finca, y para ella simboliza la profunda conexión con las raíces de su pueblo. Cheikarungumo dice que aprendió a tejer desde que estaba en el vientre de su madre y que, al nacer, el conocimiento ya estaba dentro suyo. A los tres años tejió su primera mochila de fique y a los diez ya dominaba el tejido de doce puntas que caracteriza a las mochilas arhuacas. Cuando terminó el colegio, quiso estudiar medicina para ayudar a las personas de su comunidad, pero en ese momento no consiguió los recursos económicos que necesitaba y decidió estudiar psicología en la Universidad San Buenaventura de Medellín. Luego de ocho semestres regresó a Valledupar para estar cerca de los suyos y comenzar a trabajar con las mujeres del resguardo arhuaco. Entre todas se han propuesto abrir caminos para la comercialización de las mochilas y la transmisión de la sabiduría de su pueblo.



Las mochilas arhuacas son de fique, lana y algodón. Sin embargo, solo se comercializan las de lana. El fique lo utilizan para aprender a tejer y realizar mochilas o canastos destinados a cargar alimentos, y el algodón para hacer las mochilas de los mamos y ofrecer en los rituales. La lana la compran procesada por mujeres indígenas de otra comunidad arhuaca y luego comienzan el delicado proceso de tejeduría. Con paciencia van creando una pieza con diferentes diseños geométricos que simbolizan la conexión con la naturaleza y los pensamientos del hombre y de la mujer arhuacos. Según Cheikarungumo, cada mochila escoge a la persona que va a usarla, es un objeto sagrado.





Para los arhuacos la mochila hace parte de la vida y representa el útero de la mujer, por eso cada tejedora debe hacerla uniéndose, a través de sus pensamientos, al ritmo de la tierra. En el caso de Cheikarungumo, exaltar la tradición de las mochilas arhuacas se ha convertido en parte de su propósito. Hace cinco años ayudó a crear la Asociación Asowakamo, que significa trabajar dulcemente la tierra, en la que 130 tejedoras arhuacas buscan exaltar

su trabajo y comercializar sus mochilas, las cuales recibieron el Sello de Calidad Hecho a Mano y la Medalla al Fomento Artesanal. Hace tres años Cheikarungumo estuvo en Milán, Italia, enseñándole al mundo la belleza de las mochilas arhuacas y ahora tienen clientes en Japón y Estados Unidos que admiran el tejido y la cosmogonía de su pueblo. El compromiso con su comunidad es total. Aunque lo que han logrado es inmenso, para ella esto es solo el comienzo.





13. LA TEJEDURÍA DEL SOL

Claudia Marleny Ramírez nació en el resguardo indígena de Males, en el municipio de Córdoba, Nariño. Criada por sus abuelos agricultores, desde pequeña vio cómo su abuelo tejía alpargatas y costales en guanga. Por las noches, alrededor del fuego, mientras su abuela les enseñaba a sus tíos cómo adelgazar la lana, Claudia debía preparar aguapanela y servirla con cuajada. Alrededor del fogón escuchaba las enseñanzas de los mayores acerca de los valores familiares, el respeto por el territorio, la cultura de la etnia pastos y su relación con la naturaleza. A los siete años su abuela le enseñó a tejer con rines de bicicleta, los cuales moldeaban con piedras para obtener las agujetas con las que Claudia aprendió a tejer su propio cunche (prenda que usan bajo la falda las mujeres de la etnia). A los 20 años decidió organizarse con un grupo de mujeres para encontrar nuevos caminos para la tejeduría de su pueblo. Claudia lideró el proceso golpeando puertas en las alcaldías de Córdoba y Pasto, y haciendo lobby en la gobernación de Nariño. Hace tres décadas, Claudia y cuatro mujeres le dieron vida al Taller Mutecypa, el cual se formalizó el año pasado, y del que viven 22 familias dedicadas a la tejeduría en guanga y crochet de mochilas, ruanas, gorros y bufandas.

El proceso artesanal inicia con la esquilada de las ovejas. La lana sale en montones gruesos, que deben ser desenmarañados y estirados hasta alcanzar el grosor de los hilos. Si son para una ruana son más gruesos que los hilos para las mochilas. Para una mochila mediana se teje una base con diez puntos y seis cadenas, la cual se va ampliando a manera de un espiral que crece en sí mismo. Una vez se tiene la base completa se tejen las grafías que provienen de la simbología de los infieles: entierros hechos por los ancestros de la etnia pastos en donde se encuentran ollas y jarras con diseños y patrones, relacionados con celebraciones ancestrales y símbolos identitarios, que son reproducidos en las prendas tejidas por las mujeres del taller Mutecypa.





El Inti Raymi es la festividad más importante para los pueblos indígenas andinos. La celebran la tercera semana de junio y es tan antigua como el Imperio Inca. En ella se rinde tributo al sol como el padre dador de vida. Por ello los diseños más frecuentes en la tejeduría del Taller Mutecypa emulan la forma y los rayos del sol. Tejer para esta comunidad significa sostener un diálogo

entre el inicio de la vida -la estrella madre- y el instante presente, el cual contiene la sabiduría y la dignidad del pueblo pasto, expresadas en las tramas de sus tejidos. Por eso, cada pieza se convierte en una manera de mantener viva una tradición que hace parte de la cultura y la cosmogonía de la etnia.





14. EL SUEÑO DE CRUCELINA

A los ocho años, **Crucelina Chocho** arribó con sus padres a Papayo, una comunidad de 800 indígenas wounaan en el Litoral de San Juan, Chocó. Mientras su papá cultivaba la tierra, su mamá se dedicaba a las labores del hogar y a tejer con chocolatillo baúles para guardar la ropa y canastos para recoger la cosecha. Crucelina aprendió a tejer observando a su abuela y a su madre. Con las fibras que sobraban tejía a escondidas canastos, papeleras y bolsos. Fue su hermana mayor quien descubrió su talento y empezó a llevarle fibras de calidad para que tejiera. Trabajó sola hasta los 19 años. En ese momento comenzó a dominar el werregue y a trabajar con un grupo de mujeres de Papayo. Durante ocho años les transmitió el conocimiento a más de 300 mujeres de su comunidad y empezó a participar en ferias artesanales en Bogotá y Medellín. En 1990 sintió que había llegado el momento de independizarse y abrió la empresa Artesanías Kuperre con el objetivo de mantener viva la cultura wounaan. En julio de 2018 fue una de las artesanas que representó al país en el Folk Art Market de Nuevo México, Estados Unidos, y ahora sueña con participar en ferias internacionales que le permitan seguir enalteciendo la identidad de su pueblo.



La palma de werregue se consigue en la selva del Chocó. Los cogollos de la planta se cortan para extraer la fibra, la cual lavan, secan y ponen a tinturar con frutas, achiote, puchama, barro blanco y barro negro. Luego secan la fibra tinturada. Los hilos delgados se tuercen y brillan mediante un proceso de fricción para después tejer cántaros o jarrones de diferentes tamaños, así como platos, portavasos, fruteros, pulseras y aretes. Los cántaros se elaboran con la técnica del tejido en espiral, en la cual utilizan un cordón hecho con palma quitasol como “alma” de la pieza y, con la ayuda de una aguja capotera, van tejiendo el werregue y creando los diversos diseños, en los que aparecen figuras geométricas que aluden a situaciones de la vida cotidiana, imágenes del pasado, elementos de la naturaleza y creencias religiosas.

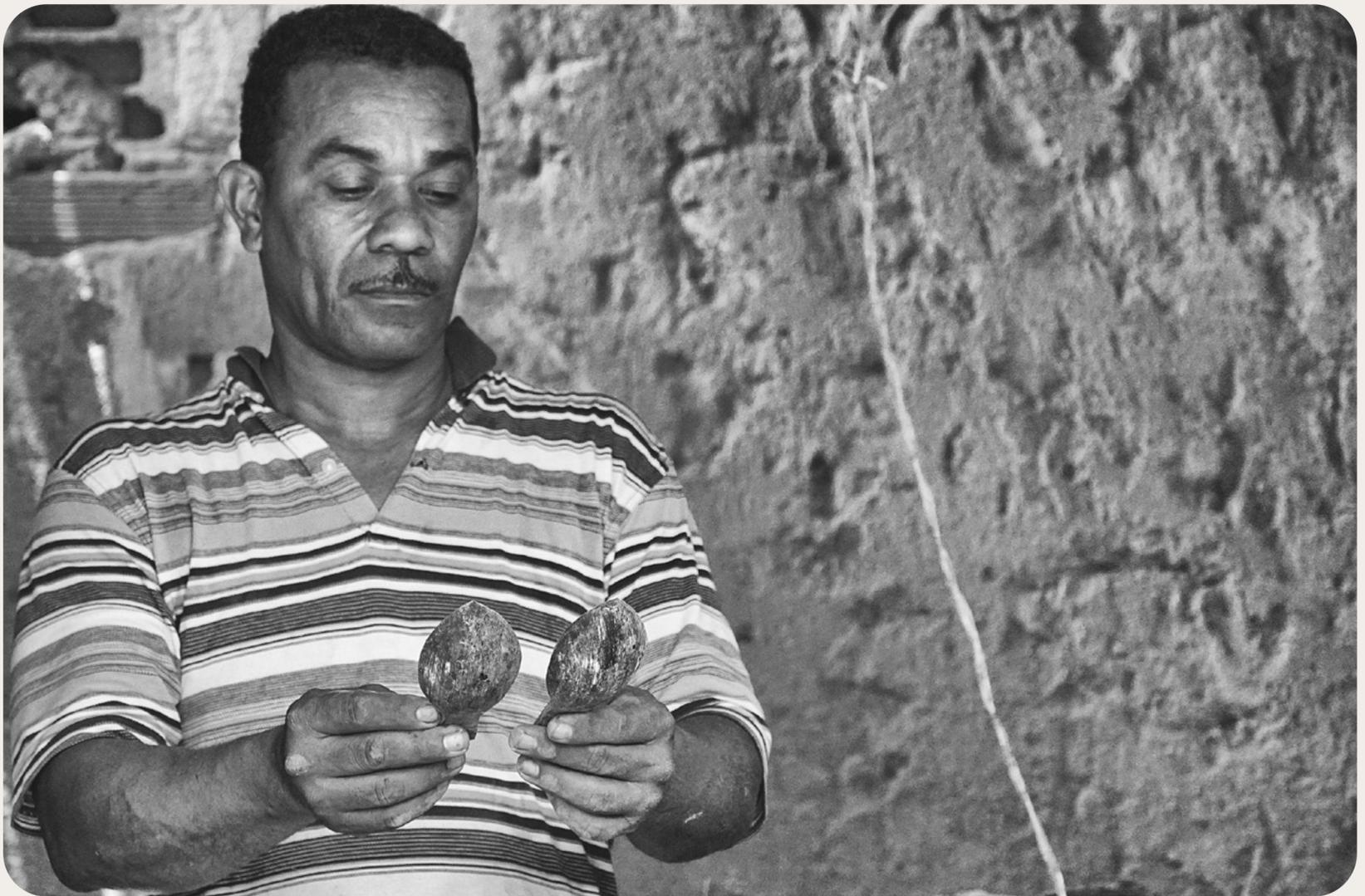




Desde hace décadas los wounaan han sido reconocidos en el mundo artesanal por sus jarrones o cántaros de werregue. A los 49 años, Crucelina Chocho se ha encargado de enaltecer la cultura de su pueblo. En Artesanías Kuperre, su empresa, les ha dado trabajo a 160 artesanas, de las cuales 100 son jóvenes aprendices. Crucelina les enseña la técnica y el significado de sus símbolos

en el tejido para que se sientan orgullosas de su historia. En 2017 fue la artesana que más vendió en Expoartesanías. Con los ingresos que recibió apoyó a varias familias wounaan, ayudó con la compra de gasolina para un generador de energía y propició un mayor acceso a la salud. Con sus artesanías ha beneficiado a cientos de mujeres wounaan que hoy anhelan seguir sus pasos.





15. CACHO: PURO BRILLO

Edio Miguel Barrios aprendió a hacer artesanías con el cacho de la vaca al lado de su abuelo, quien fue uno de los pioneros del oficio en Cartagena. A los siete años, comenzó a cortar con pequeñas seguetas las piezas y a lijar barcos, pájaros, gallos, palomas y mariamulatas que su abuelo creaba con el cacho. Luego aprendió a hacer bolsos, anillos, ensaladeras y cucharas de coco. Edio estudió hasta cuarto de primaria y, desde los diez años, no se ha alejado un solo día del oficio. Hace 20 años fundó el taller Artesanías Edwin, en honor a su hijo mayor. Compró taladros, motores, prensas y lijas, y contrató a cuatro artesanos que lo ayudan en la fabricación de las piezas de cacho, coco y concha de nácar. A los 46 años, les ha dado clases a decenas de jóvenes y personas de la tercera edad que han llegado hasta su taller con el deseo de aprender la técnica y crear objetos cargados de brillo.



CACHO: PURO BRILLO

Para conseguir la materia prima Edio Barrios recorre los municipios aledaños a Cartagena, donde varios comerciantes le venden bultos de 60 cachos de vaca con los que realiza la producción de un mes. En un fogón de leña pone a sancochar durante dos horas los cachos, luego los deja secar durante dos días al sol, les unta aceite de cocina para ablandarlos y los tritura en una prensa. La materia prima ingresa en moldes y plantillas, y con la ayuda de una segueta Edio va cortando y creando la figura. Después lija y brilla la pieza con la tela de un overol. Así produce objetos de tonos naturales y diferentes texturas que están llenos de luz. Con el coco el proceso es más sencillo. Lo corta con una segueta y lo seca al sol durante un día para extraerle la grasa. Luego, sobre una tabla redonda, le va dando forma a tazas, vasos, tablas, ensaladeras, fruteros y cucharas de diferentes tamaños.





Se cree que el uso de los cachos de la vaca fue una tradición que los españoles trajeron al país junto con la implementación del ganado y los diversos usos que podían dársele a las distintas partes del animal. Era común que los peines y peinillas se fabricaran con el cacho, sin embargo, con la aparición del plástico el oficio se fue olvidando. Fue gracias al empeño de artesanos como Edio Barrios, que han diversificado el uso del

cacho, que este saber ancestral se ha mantenido en el tiempo. Por esto mismo, uno de los objetivos de su taller es seguir formando a jóvenes que deseen aprender la técnica para mantener viva una de las herencias artesanales que más fascina a los turistas de Cartagena.





16. PASIÓN POR LA CERÁMICA

Desde que entró al colegio y empezó a recibir clases de arte, **Eduar Cardona** supo que lo suyo era la artesanía. Comenzó haciendo velas y luego se adentró en el conocimiento del yeso y la cerámica fría (llamada así porque las piezas únicamente pasan por un proceso de quemado), una técnica en la que aprendió a hacer figuras religiosas, animales, alcancías y muñecos de Navidad. Visitando talleres de amigos artesanos y los almacenes de El Carmen de Viboral, un pueblo antioqueño famoso por las singulares vajillas pintadas a mano que se venden en sus calles, fue conociendo más del oficio hasta que se sintió listo para hacer sus propias piezas. Hace 10 años decidió que era momento de crecer. Aprendió la técnica de la cerámica en esmalte, tradicional del municipio, y luego se asoció con un cuñado y un amigo. Compraron un gran horno para la quema, un batidor de pasta, herramientas para pulir y pusieron a funcionar el Taller Cerámica Artemanía. También montaron, en la entrada de su casa, un almacén donde venden vajillas, materas, floreros, cazuelas, campanas y jarrones. A los 42 años, Eduar asegura que su propósito es consolidarse en el mercado de las artesanías y, algún día, llevar sus piezas a todos los rincones del país.

En el Taller Cerámica Artemanía el proceso de la cerámica dura ocho días. Primero procesan la pasta hasta que se vuelve líquida, después la vacían en moldes que ellos mismos fabrican, sacan la figura, la dejan secar y la pulen. En ese momento se hace una primera quema en la que la cerámica sale bizcochada. Luego se pintan las piezas con flores, se decoran y se esmaltan antes de pasar a la segunda quema en el horno. El resultado son piezas brillantes que están llenas de carácter. Además de las vajillas, floreros y materas, Eduar Cardona realiza pajaritos tarjeteros de varios colores que sirven para poner tarjetas o papel y que se han convertido en una de las insignias de su taller.





En El Carmen de Viboral la tradición de la cerámica comenzó en 1898, cuando don Eliseo Pareja, empresario de la cerámica en Caldas, fundó la Locería del Carmen. Al poco tiempo se crearon otras fábricas y, entre los años 30 y 50, el municipio se encargó de producir las vajillas de millones de colombianos. Al principio las vajillas eran blancas, pero

con el tiempo comenzaron a incorporarse bordes de color y flores de la región. En los años 80 y 90 la industria entró en declive debido a la apertura económica y el conflicto armado en el Oriente Antioqueño. Sin embargo, muchos artesanos decidieron seguir adelante creando pequeños talleres que, como el de Eduar Cardona, mantienen viva una hermosa tradición que hace parte de la historia del municipio.





17

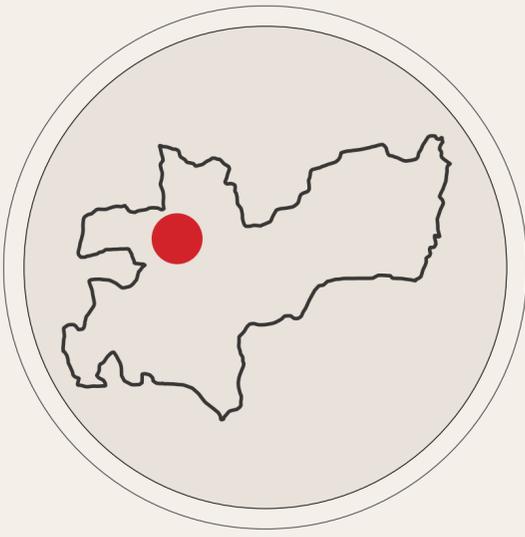
。 CESTERÍA ANCESTRAL

Elida Eugenia Jaramillo creció en una familia de artesanos. Su papá era carpintero y su mamá se dedicaba a la cestería. A los cinco años comenzó a aprender el oficio con su abuela. Se sentaba a su lado y observaba el proceso mientras sus manos iban haciendo trenzas que luego se convertían en canastos. Elida terminó el bachillerato y luego tomó dos cursos en el Sena (de sistemas y mercadeo) para desarrollar la labor artesanal con más preparación y conocimiento. Desde hace varios años vive con su esposo y su hijo en una guarida indígena en el corregimiento de San Lorenzo, Caldas, donde realiza con fibras naturales como la cañabrava y la iraca canastos, roperos, pañaleras, papeleras, contenedores, esteras y bolsos. Este año asumió un nuevo reto: hacer sombreros de cañabrava a mano. Durante meses estuvo perfeccionando la técnica y hoy es uno de los productos preferidos de sus clientes. A los 38 años, Elida sueña con enseñarles a los jóvenes de su comunidad el oficio de la cestería. Para ella, motivar a las nuevas generaciones es la única manera de preservar el saber ancestral de los embera.



En las montañas y las laderas de los ríos de San Lorenzo es común encontrar la planta de la cañabrava. Elida corta los cogollos y en su casa extrae la fibra. Luego la seca al sol durante ocho días y comienza a tejer a mano sobre moldes de madera que la ayudan a darle forma a canastos redondos y cuadrados, papeleras y jarrones. Algunas de sus creaciones exaltan el tono natural de la cañabrava (blanco y beige) mientras otras son una explosión de color que consigue con plantas y cortezas naturales. Son piezas importantes, pues para los embera el color hace parte de su cultura y representa la alegría de su pueblo. Para Elida la creatividad es infinita. Por eso le gusta innovar tejiendo en espiral o ajedrez, y sorprender a sus clientes con cada pieza que nace de sus manos.

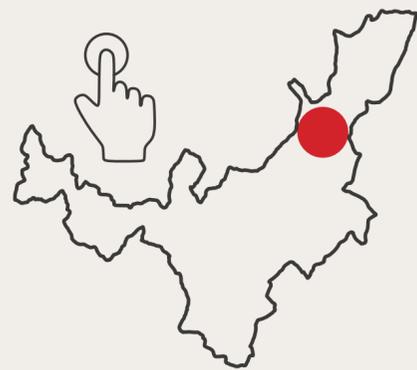




La cestería hace parte de las prácticas ancestrales de los indígenas embera. Se dice que hace siglos una mujer recibió los secretos del tejido con fibras naturales y se encargó de enseñarles a las mujeres de la etnia. De esa manera el conocimiento fue transmitiéndose con el paso del tiempo. Para los embera, tejer sana el cuerpo y el espíritu, por eso las

mujeres deben tejer manteniendo pensamientos puros que puedan transmitirse energéticamente a la persona que compra el objeto. Cuando la artesana está triste no puede trabajar, debe esperar a que la alegría regrese al corazón. Así garantiza que sus creaciones sean una manifestación de su belleza y su verdad.





18. CESTERÍA RENOVADA

Francisco Silva conoció el trabajo de la cestería en rollo de fique a los cuatro años, cuando empezó a ayudarle a su madre, una artesana consagrada a la cestería, a sostener el fique. A los seis años comenzó a tejer las bases de los canastos, y a los nueve años hizo su primera pieza: un portalápiz. Pronto se dio cuenta de que la artesanía era lo suyo. Sin embargo, él no quería repetir fórmulas conocidas, por lo que se propuso innovar los productos y apostarles a nuevos diseños y colores que enaltecieran la tradición artesanal de Guacamayas, Boyacá. La señal que estaba esperando llegó con la visita de una diseñadora colombiana al pueblo, quien estaba buscando artesanos que quisieran elaborar productos con un fique más suave y delgado. Francisco se le midió al reto y, desde ese momento, comenzó a realizar diversos diseños. También ha creado objetos de fique que mezcla con materiales como el cobre y el estaño. Pero su pieza más emblemática fue un jarrón en cuello de cisne de un metro de alto que se convirtió en la imagen de su empresa, Creaciones Guacamayas, la cual funciona en su casa desde 2010. A los 42 años, sueña con abrir nuevos mercados que permitan que las artesanías de Guacamayas se sigan expandiendo por el mundo.

En Creaciones Guacamayas trabajan 125 artesanos que tejen desde sus hogares en sus ratos libres. Francisco Silva les entrega la materia prima tinturada y, cuando hay encargos específicos, les da indicaciones sobre el diseño que deben realizar. Ellos separan cada fibra por colores y comienzan el proceso del hilado, que consiste en poner en las piernas las fibras para sobarlas y lograr que las hebras queden más finas. Luego arrancan a tejer bajo la técnica de rollo, en la cual se hace un tejido en espiral con el interior de la paja para después cubrirla, con la ayuda de una aguja gruesa, con los hilos tinturados del fique. Así se van creando bandejas, fruteros, contenedores, individuales, portavasos y jarrones llenos de color.





El municipio de Guacamayas, en el norte de Boyacá, ha sido reconocido por el trabajo del tejido de cestería en rollo desde hace muchísimos años. Los indígenas laches fueron los primeros pobladores de la región y se dice que fueron ellos quienes comenzaron una tradición artesanal que se ha transmitido durante varias generaciones como una manera de mantener vivo un

legado que ha marcado la vida, cultura y economía de Guacamayas. Más de 300 artesanos del municipio se han dedicado a producir cestería con la técnica del rollo. El oficio, además de ser su principal fuente de ingresos, es parte de la vida cotidiana de un pueblo que ha llenado sus calles con piezas que enaltecen una herencia artesanal.





19. CONEXIÓN IRACA

Gabriela Narváez comenzó a tejer al lado de su madre cuando cumplió diez años. Observando cómo transformaba la palma de iraca para crear sombreros, floreros, jarrones y canastos fue enamorándose del oficio. Creció en la comunidad de indígenas pijaos del municipio de Ortega, Tolima, donde estudió hasta quinto de primaria. Con el tiempo, validó el bachillerato y se formó como pedagoga infantil. Sin embargo, jamás se ha alejado de la tejeduría. En 2012 se unió a Asomuarin, una asociación compuesta por 14 mujeres indígenas que se dedican a la creación de jarrones, paneras, bolsos, individuales y sombreros con palma de iraca. Su objetivo es dar a conocer su trabajo y buscar nuevas vías de comercialización que les permitan generar otras fuentes de ingresos y mantener vivo el legado de la etnia. A los 55 años, Gabriela les da clases de tejido a un grupo de mujeres y niños. Asegura que es clave transmitir el conocimiento y enamorar a las nuevas generaciones para preservar la identidad de su pueblo.



La iraca crece a la orilla de las quebradas. Las artesanas cortan los cogollos con precaución para que la palma vuelva a dar frutos y los dejan al sol hasta que la fibra, que es verdosa, adquiera el tradicional color beige de la iraca. Luego la humedecen y, con una aguja capotera, extraen el “alma” del cogollo. Separan las fibras, seleccionan las más delgadas y finas, y comienzan a tejer, con la ayuda de la aguja, objetos que realizan con diferentes técnicas de tejido. Para los jarrones utilizan el tejido en rolo, que simboliza la unión con la naturaleza y la esperanza; para los canastos emplean la puntada “arrocito”, que representa la abundancia y el alimento, y para los sombreros y bolsos la técnica del croché.





Gabriela Narváez se ha convertido en una líder en el resguardo de los indígenas pijaos de Ortega, Tolima. Gracias a su empeño, hoy decenas de niños y mujeres están retomando la tejeduría con palma de iraca. Aunque el oficio había sido una tradición para los pijaos, debido a la falta de comercialización muchos se habían desconectado de una práctica que se transmitía de generación en

generación. Sin embargo, hace diez años el oficio volvió a retomarse, se crearon asociaciones y muchas artesanas, como Gabriela, comenzaron a transmitir el conocimiento del tejido, el cual está ligado a la cosmogonía de la etnia. Para los pijaos la naturaleza es una manifestación de la divinidad. Todo lo que hay en el planeta, incluido el ser humano, hace parte de una misma unidad. Esa visión la honran a través del tejido, el cual encarna la sabiduría de su pueblo.





20 . EL MAESTRO DEL BARNIZ

Gilberto Granja estudió hasta tercero de primaria. A su padre nunca lo conoció y para ayudar a su madre trabajó desde muy joven pintando casas y haciendo ladrillos. A los 19 años, luego de prestar el servicio militar, empezó a buscar trabajo en el barrio obrero, donde había varios talleres dedicados a realizar artesanías con la tradicional técnica del barniz de Pasto. En 1964 ingresó al taller de la maestra Rosa Mejía de Torres, donde descubrió la pasión por el oficio, y en 1967 fundó su propio taller: Granja Barniz de Pasto. En 2009 recibió la Medalla a la Maestría Artesanal y en 2016 uno de sus bargueños ingresó a la colección del Museo de Arte Colonial de Bogotá. A los 76 años, el maestro Granja trabaja todos los días con la ayuda de su hijo Oscar para seguir transmitiendo el saber ancestral de un oficio que ha marcado su vida.



El proceso del barniz de Pasto es complejo y delicado. La materia prima la consiguen recolectores del Putumayo de las hojas del árbol silvestre del mopa-mopa durante abril y noviembre. El maestro Granja le quita las impurezas a la materia prima y la sumerge en agua caliente para que la resina de las hojas se vuelva elástica y se pueda trabajar con facilidad. Después agrega los tintes y finalmente saca la resina, la estira y va formando delgadas láminas que se ponen sobre el objeto de madera para empezar el proceso decorativo con la ayuda de un bisturí. Las piezas de madera las reciben de tres talleres diferentes: uno dedicado al torno, otro a la ebanistería y otro a la talla. Durante 53 años de labor artesanal el maestro Granja ha desarrollado un estilo propio. Sus bargueños, cofres, platos, jarrones, joyeros y centros de mesa son famosos por los diseños tradicionales de flores, los paisajes en perspectiva y su particular manera de combinar los colores.





La técnica del barniz de Pasto tiene orígenes prehispánicos. Una teoría sostiene que cuando los españoles llegaron a las zonas que hoy se conocen como Timaná, Huila, y Mocoa, Putumayo, ya se dominaba la técnica, pues los indígenas usaban la resina del mopa-mopa para embetunar los objetos de madera. Otra hipótesis asegura que, al ser Pasto un paso obligado entre Popayán y Quito, los españoles decidieron asentar el oficio en la ciudad en la época de la colonia, cuando se comenzó a decorar diferentes objetos de madera con la resina del mopa-mopa. Hoy 35 artesanos siguen desarrollando este oficio tradicional en Pasto, el cual se ha convertido en parte de la identidad cultural de Nariño. Además, en 2019 la técnica fue incluida en la Lista Representativa del Patrimonio Cultural e Inmaterial de Colombia. Un tesoro artesanal que ha trascendido el tiempo.





21 . ALGODÓN ANCESTRAL

Graciela Sanabria creció en una familia de agricultores de Ocamonte, Santander. Cursó hasta tercero de primaria y a los 16 años, por mediación de la iglesia del municipio, estudió cuatro meses en un internado de monjas en Sutatenza, Boyacá, donde aprendió a tejer y bordar. A los 19 años regresó a Sutatenza para capacitarse en la creación de escuelas. Siguiendo la información de unas cartillas sobre salud, matemáticas y huertas orgánicas trabajó dando clases en Boyacá, Santander, la Costa Atlántica y Antioquia. Luego se radicó en Charalá, Santander, donde trabajó varios años como modista. Fue allí donde conoció el trabajo que decenas de tejedoras realizaban en Corpolienco, creada para rescatar el tejido del algodón en la región. A los 49 años ingresó a la corporación, donde lleva 21 años trabajando en el área de la confección. Graciela asegura que, a través de su oficio, se ha mantenido viva la tradición del tejido en Charalá.

En Corpolienzo tejen con algodón orgánico que les compran a cinco cultivadores de la zona. Unas 50 mujeres se encargan del proceso del hilado, el cual realizan desde sus casas, 12 del proceso del tejido, y un grupo pequeño de tinturar el algodón utilizando la cebolla, que da el color amarillo; la guayaba, de la que obtienen el gris; la hoja de aro, que da el color verde, y la cáscara de encino, con la que consiguen los tonos tierra. Unas tejedoras hacen las telas mientras otras, como Graciela Sanabria, se encargan de la confección. Entre todas trabajan unidas para elaborar los productos de la línea personal, que consta de camisas, pantalones, ruanas, bufandas y calzado; de la línea de hogar, en la que hay hamacas, cojines, cubrecamas, individuales y caminos de mesa; y de la línea de accesorios, compuesta por bolsos, carteras y monederos.





Corpolienzo se ha dedicado a exaltar el tejido ancestral de los indios guanes, quienes habitaron hace miles de años la región. Los guanes cultivaron el maíz, el frijol, el tabaco, la coca y el algodón, con el que tejían hermosas mantas en las que bordaban elementos de su simbología como soles, ranas y triángulos, y las cuales intercambiaban por sal o artesanías. Aunque

Charalá fue tierra algodонера, hace varias décadas los cultivos de algodón se acabaron en la zona. El rescate de esta práctica ancestral inició hace 36 años, cuando el sociólogo francés Pierre Raymond llegó al municipio para realizar un estudio con la Universidad Javeriana sobre la tradición del hilado y así conformar una corporación de mujeres dedicadas a la elaboración de prendas de algodón orgánico. En 1993, gracias al apoyo financiero de una fundación suiza, Raymond consiguió una casa en el pueblo para que las artesanas hilaran y tejieran el algodón. De esa manera, se rescató un saber milenario que hace parte de los tesoros de la tejeduría en Colombia.





22 . TEJIDOS DE ORO Y PLATA

En Santa Cruz de Mompox la orfebrería es un asunto familiar. Así lo fue para **Hermes Manjarrez**. A los 8 años, en el patio de su casa, bajo la tutela de uno de sus tíos, aprendió a hacer caracolitos de oro. En las familias de orfebres los niños, por su visión aventajada, suelen ser los encargados de hacer las piezas más pequeñas. Hermes se encargaba de las miniaturas como el hilo fino envuelto en pértago o tomatillo, así como de las casquillas y los tacos. A los 12 años, aprendió a usar el soplete y a soldar. A los 18 años viajó a Bogotá, en donde vivió una temporada y aprendió a trabajar con las esmeraldas. Regresó a Mompox y a comienzos de siglo, junto a algunos de sus hermanos, montó un taller de filigrana en oro y plata que formalizó en 2007. Así nació el Taller de Joyería Hema, un lugar en el que trabajan ocho artesanos, quienes, además de realizar collares, pulseras, aretes, dijes y carteras, le enseñan los secretos del oficio a un grupo de muchachos con el fin de preservar uno de los tesoros del municipio.

El oro o la plata se funde y se vierte en un molde en forma de barra. La barra se forja y se temple. De ahí se pasa al laminador que estira el metal hasta convertirlo en hilos cuadrados. Los hilos se recuecen para ser ablandados y con una lima se afilan sus puntas. Luego se pasan por los agujeros de la hilera y se estiran con la ayuda de un alicate hasta alcanzar el grosor deseado. A veces el de un cabello humano. Estas hilaturas se entorchan entre sí y de este modo se obtiene la filigrana. Los diseños de las joyas del Taller Hema se inspiran en las líneas coloniales de la arquitectura de Mompox, en las formas de las hojas, ranas, tortugas y lagartijas de la zona, y en las piezas de bisutería de los indios zenú, antiguos habitantes del territorio.

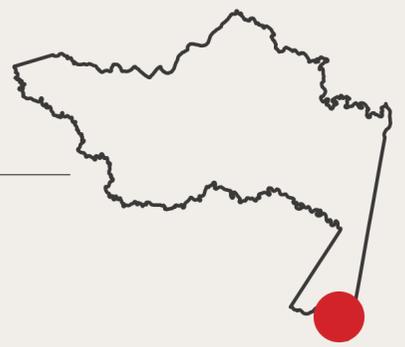




A los 48 años, Hermes Manjarrez ha sido embajador de Mompox ante el mundo. Fue invitado a Estados Unidos y a Japón por su aporte al desarrollo de la comunidad. Al estar ubicado en el sur de Bolívar, una zona afectada por el conflicto colombiano, Mompox ha sido estigmatizado por la guerra. En Japón, Manjarrez dio una conferencia en la que mostraba las

bondades culturales y naturales de su tierra, enfocándose en la tradición y legado de la orfebrería. En 2013, Japón envió una comisión al sur de Bolívar y, desde ese momento, el pueblo experimentó una reactivación del turismo extranjero que ha llevado no solo a hordas de japoneses, sino a alemanes, rusos, italianos y franceses a dejarse cautivar por las joyas de un municipio cargado de historia que resplandece a orillas del río Magdalena.





23. LA MADERA ROJA DEL AMAZONAS

Jackson Suárez nació hace 37 años en la comunidad tikuna de Macedonia, a orillas del río Amazonas. Creció viendo a sus padres cortar y tallar la madera, y a los doce años comenzó a inmiscuirse en el proceso realizando pequeños llaveros. Luego empezó a crear piezas de quince centímetros en las que tallaba animales de la selva y el río Amazonas como los loros, los tucanes, las garzas, los armadillos, las tortugas, los micos, los chigüiros y los delfines. Cuando terminó la escuela, Jackson se alejó dos años de la artesanía para probar suerte vendiendo hamburguesas y perros calientes en un colegio de Leticia. Sin embargo, el llamado de sus raíces fue más fuerte y decidió dedicarse de lleno al oficio. En 2003 fundó con doce miembros de su familia la Asociación Artesanal Homacha, que significa delfín gris. Ahora sueñan con tener una tienda en donde puedan exhibir y comercializar artesanías en las que habita el poder de la selva.



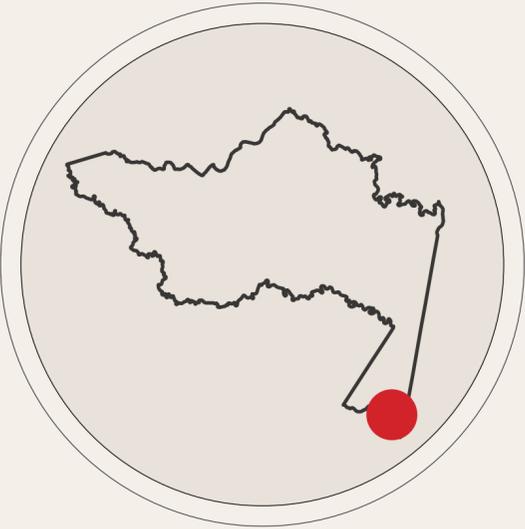
LA MADERA ROJA DEL AMAZONAS

El palosangre es una madera que se encuentra únicamente en el Amazonas. Para conseguirla, Jackson Suárez se interna en la selva con cuatro personas de su familia. Entre todos buscan árboles caídos que estén en proceso de descomposición. Con una motosierra cortan más de quince metros y trasladan la madera hasta Leticia. Allí la dejan secar a la sombra durante tres días para extraerle la humedad. Después comienzan a cortar la madera con la ayuda de serruchos, machetes y formoles. Jackson asegura que cada figura la tiene grabada en la cabeza y que lo que hacen sus manos es descubrir la forma que ya habita en la madera. Cuando la pieza está lista, la lija y la brilla con cera de abejas. Ahora está dedicado a crear animales de la selva, utensilios de cocina y el tradicional banco pensador, el cual usan los chamanes y los abuelos tikuna para transmitir el conocimiento en la maloca.





LA MADERA ROJA DEL AMAZONAS



Para los tikuna toda la vida proviene de la naturaleza. El hombre, los animales, las plantas y el agua hacen parte de un todo. Por eso, durante años, se han dedicado a exaltar lo que observan en la selva a través de piezas de madera que representan los animales y la vegetación de la región. Pero tal vez el objeto más importante es el tradicional banco pensador, que tallan con las formas de animales como el oso

hormiguero, la rana, el colibrí y la tortuga. Para la etnia son piezas de poder en donde los guías espirituales se sientan para pensar, cantar y curar. Así manifiestan el conocimiento sagrado de los tikuna, su particular manera de relacionarse con la selva y su profunda conexión con la naturaleza.





24 . LOS SONIDOS DE SAN JACINTO

Jaider García creció viendo a su abuelo crear instrumentos. Aunque en sus ratos libres lo ayudaba a hacer tambores y gaitas, él solo pensaba en estudiar. Cuando terminó el bachillerato hizo un curso en el Sena de administración de empresas agropecuarias. Trabajó unos años en Cartagena y en 2010 regresó a San Jacinto con el objetivo de acercarse a su cultura. Comenzó a trabajar con su hermano mayor y en 2015 se unió a la Corporación de Artesanos Luthier de San Jacinto, donde decenas de artesanos se dedican a la fabricación de instrumentos tradicionales, como las gaitas, las congas y los tambores, que les piden clientes de Bogotá, Barranquilla y Cartagena. Jaider no sabe tocar ningún instrumento, pero se siente orgulloso de que la música que sale de sus creaciones conecte a la gente con el sabor y la alegría del Caribe.

LOS SONIDOS DE SAN JACINTO

Cada semana Jaider recorre el campo para conseguir troncos de ceiba, caracolí y carito, que son las maderas que caracterizan a los instrumentos de la región. Con un compás mide la circunferencia del tambor y con una motosierra perfora el tronco por la boca. Después, con la ayuda de un formol, termina de darle la tradicional figura cónica. Para la boca del instrumento utiliza la piel del chivo o el carnero, la cual extiende al sol durante dos días para que quede templada y el tambor produzca el sonido deseado. Luego humedece la piel para quitarle olores e impurezas, afeita una parte con una cuchilla, la monta sobre el vaso del tambor y la amarra con cáñamo. Jaider asegura que todo el proceso debe realizarse al pie de la letra, pues de lo contrario el instrumento pierde calidad y resistencia. En su taller se dedica a hacer el famoso trio de tambores: el alegre (con forma de cono truncado), también conocido como “hembra” o “quitambre”; el llamador (un poco más pequeño), que es el encargado de marcar el ritmo, y la tambora (con forma de cilindro), que genera sonidos más graves. También hace maracas, congas, cajas vallenatas, yembés y gaitas.

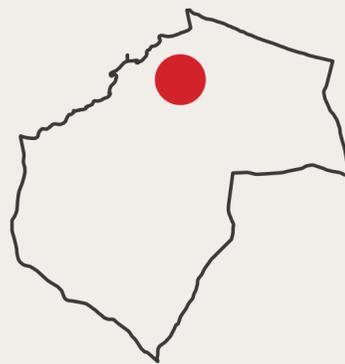




San Jacinto es conocido por su tradición musical. Ritmos como el porro, la puya, la cumbia y la gaita han marcado la identidad del municipio y de todo el país. El origen de las gaitas se remonta al uso de instrumentos de viento como la ocarina y la caracola que pueblos indígenas como los ikas, los motilones, los koguis y los zenú utilizaban en sus ritos. Con el paso del tiempo los músicos palanqueros agregaron el uso de tambores,

haciendo florecer en San Jacinto un legado musical que se ha mantenido vivo durante siglos.





Evelín María Meriño esposa de **Jesús Orellano**

25. MÁSCARAS DEL CARNAVAL

La madre de **Jesús Orellano** tenía una tienda en Galapa, Atlántico, donde vendía cerveza, bollos y pasteles. Jesús, siendo un niño, la ayudaba con el negocio. La madre, además, era danzante y su padre, cantante. Los dos participaban como coristas y bailarines en el Festival de Orquestas del Carnaval de Barranquilla. Jesús los acompañaba en cada edición, mientras se fascinaba con los colores y las formas de las máscaras de los carnavaleros. En las comparsas conoció a su maestro, Francisco Padilla, un reconocido artesano de la talla en madera. A los 13 años, Jesús inició su aprendizaje en el Taller El Tigre del maestro Padilla, y a los 18 montó su propio taller: Estampas del Carnaval. A los 27 años se casó, se mudó a Barranquilla y, en 2015, rebautizó el taller como Innovarte Caribe, un lugar donde trabajan diez artesanos dedicados a la talla de madera de máscaras tradicionales del Carnaval de Barranquilla, así como de esculturas, llaveros, servilleteros y piezas caladas de mosaicos geométricos con distintos colores.

La ceiba roja es la madera con la que trabaja Jesús Orellano. La encarga a aserradores en Galapa, quienes se la llevan en trozos de metro y medio. Para la fabricación de máscaras de 35 centímetros los fragmentos se cortan, a la medida, con una motosierra. Esos cortes son boceteados con una sierra sinfín con los rasgos de un tigre o un congo (guerrero africano). Luego, valiéndose de cuchillos, machetes y gubias, los artesanos desbastan y tallan la madera. Después inmunizan las máscaras contra las plagas y las ponen a secar bajo la canícula durante cuatro días. Una vez secas, las piezas son lijadas. Se les pone el sellante o tapa poros para que las máscaras queden compactas. Se agrega una base de vinilo blanco, se deja secar y se lija de nuevo antes de agregarle el acrílico del color que le corresponda a la máscara: tonos amarillos para los tigres, tonos rojos para los toros y tonos cafés para los micos.





El Carnaval de Barranquilla es el evento folclórico y cultural más importante de Colombia. Nombrado por la Unesco Obra Maestra del Patrimonio Oral e Inmaterial de la Humanidad, recoge una tradición africana, indígena y española que se expresa en las máscaras de toros, tigres, perros y burros, así como en los disfraces tradicionales de marimondas y garabatos. Una festividad que inició a mediados del siglo XIX y que

anualmente reúne alrededor de dos millones de personas interesadas en esta mascarada colorida y alegre. Las máscaras talladas, como las de Jesús Orellano, hacen parte de la celebración del carnaval y se han convertido en las representantes de este gran legado cultural.





26 . EL PODEROSO FIQUE DE CURITÍ

El fique es uno de los primeros recuerdos de infancia de **José Delio Porras**. En su casa sus padres sembraban y cultivaban la planta para hacer costales de fique que les vendían a los agricultores de la zona para empacar la papa, la zanahoria y el arroz. A los cinco años, José Delio empezó a participar del proceso. Comenzó devanando el hilo de la fibra, luego aprendió a urdir y a peinar el fique, y después a tejer los costales. A los 15 años dejó el oficio para validar la primaria y el bachillerato, y en 1985 consiguió una beca para estudiar administración de fincas cafeteras en el Caldas. En los años 90 retomó el oficio del fique en Curití (que en guane significa pueblo de tejedores), pero al poco tiempo el mercado de costales entró en crisis por la llegada del plástico y el yute. Sin embargo, los artesanos del pueblo no se dieron por vencidos y, en medio de la crisis, descubrieron una oportunidad para hacerlo distinto. En 1995 crearon Ecofibras, una cooperativa que busca exaltar el fique y en la cual trabajan 150 artesanos del municipio. José Delio ingresó hace 22 años a la cooperativa y se ha dedicado a innovar la técnica mezclando el fique con el algodón, el cuero, el cobre y la madera en productos únicos que ha expuesto en ferias artesanales de Colombia, Suiza, Francia, Italia, Estados Unidos y México.



Los campesinos de la región son los responsables de proveer el fique que se utiliza en Ecofibras. Ellos cortan las hojas de la planta, extraen la fibra, la lavan en tanques para no contaminar las quebradas del municipio, la secan y la entregan a la cooperativa, donde se encargan de peinarla con un cepillo, tinturarla con colorantes especiales para fibras naturales e hilarla en la máquina para empezar a darle a vida a telas, billeteras, individuales, caminos de mesa, fruteros, bolsos, zapatos y las líneas de tapetes, cortinas y mobiliario.





El tejido ha sido una tradición en Curití, Santander, desde la época de los indios guanes, quienes hacían mantas de algodón que luego intercambiaban con otros pueblos por oro, sal o alpargatas. Sin embargo, la industria del tejido de fique surgió en los años veinte de la mano de la industria del café, cuando se hizo necesario tener costales de diferentes tamaños para cargar los granos de café, los cuales luego

empezaron a usarse para llevar productos como la sal, el arroz y la yuca. Con la llegada del plástico en los años 90, decenas de familias diversificaron el oficio. Hoy, los productos de fique no solo son el principal sustento de vida de los artesanos de Curití, también se han convertido en el sello de creaciones que han sabido ganarse un lugar en la historia artesanal del país.





27

EL FULGOR PARTICULAR DEL CHOIBÁ

José Félix Murillo aprendió a extraer oro y platino cuando era niño. Siguiendo el ejemplo de su padre, se aventuraba entre caños y quebradas tras los minerales preciosos. Se agachaba en el agua e introducía la batea que luego limpiaba y filtraba en busca del oro de los cauces de los ríos de la provincia de San Juan, en Chocó. Pero con el incremento de la minería ilegal, los metales escasearon y la extracción aluvial dejó de ser rentable. Murillo optó por otra de las tradiciones familiares: las artesanías en madera. A los 21 años, aprendió a hacer canoas, bateas y cucharas. Su padre le enseñó que antes de preocuparse por conseguir la madera o saber cómo tratarla, debía prestar atención a la luna. La madera no debe cortarse en luna nueva porque atrae a las polillas y favorece las carcomas. Debe cortarse en luna menguante para que de ella surjan objetos resistentes y hermosos. La experiencia y las ganas de afianzar el oficio llevaron a José Félix a fundar el taller Choibá Chocó, en Quibdó, donde a los 61 años continúa descubriendo las diferentes formas que surgen de un trozo de madera.

Para extraer la madera del árbol choibá, José Félix Murillo toma su lancha y se interna por alguno de los brazos del río Atrato. Remonta alguno de los caños hasta llegar a su cabecera y, jungla adentro, encuentra los árboles. Murillo va en busca de aquellos que se han caído de viejos o los que han sido tumbados por vendavales. Una vez tiene la madera, la corta según la pieza que vaya a fabricar. Después la lija con esmero para lograr la suavidad requerida. Luego le aplica cera de abejas para que la pieza brille y se destaque con un fulgor particular. Las ideas de los diseños las recibe a través de sueños. Antes de dormir le pide a Dios inspiración. En medio de la noche, mientras las estrellas resplandecen y Murillo sueña, ve las distintas piezas que elabora contenidas en la madera del choibá. Al levantarse ejecuta con sus virtuosas manos las visiones oníricas en el cuerpo de la madera: un molinillo, una ensaladera, un plato o una batea.





EL FULGOR PARTICULAR DEL CHOIBÁ



José Félix Murillo es considerado uno de los mejores artesanos del Chocó. Con la madera que se usa tradicionalmente entre comunidades afrodescendientes para la construcción de casas, canoas o cucharones, quiere llevarle la corriente a la difícil situación social que lo rodea. Ante la proliferación de la minería ilegal y la reaparición fortalecida de grupos armados al margen de la ley, las bellas artesanías

que produce con la madera del árbol choibá se convierten en un símbolo de paz y en un ejemplo de vida para la comunidad y las nuevas generaciones.



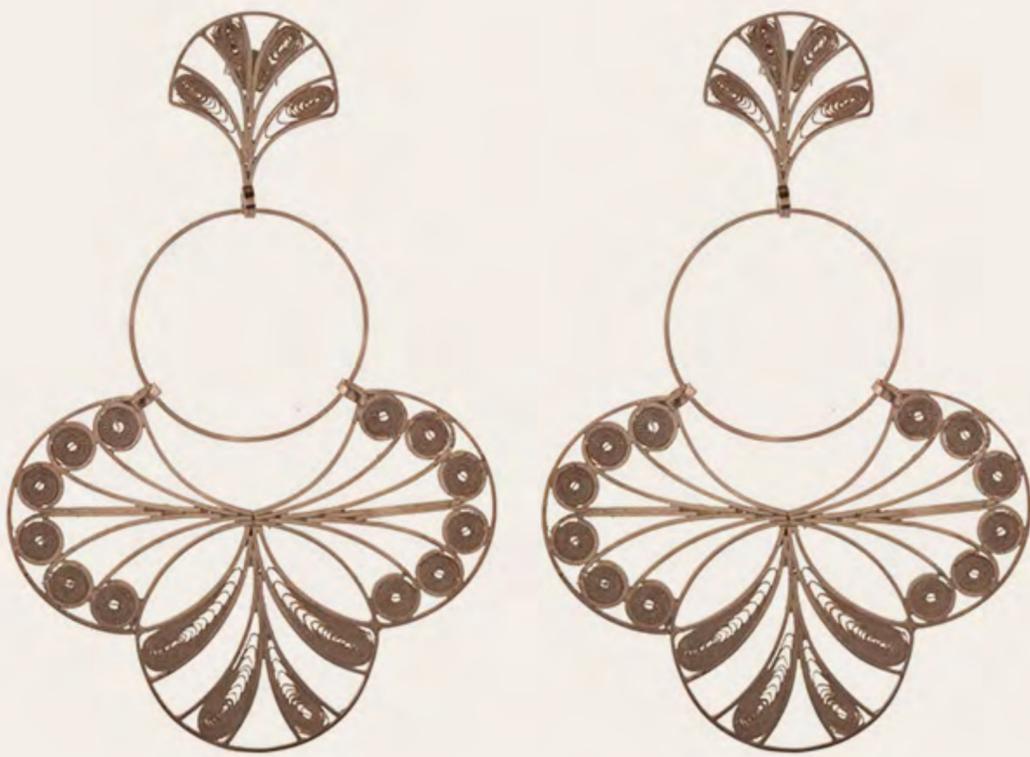


28 . LAS JOYAS DE GUAPI

Durante muchos años **José Miguel García** soñó con ser bombero. Luego creyó que la contabilidad era su camino hasta que lo invitaron a una charla que la ONG Save The Children estaba organizando en Guapi sobre joyería y filigrana. Estaba en décimo grado y, junto a otras 100 personas del municipio, asistió por curiosidad. Pero cuando llegó el momento de empezar las prácticas, José Miguel supo que la joyería era lo suyo. Comenzó haciendo cadenas de latón para aprender a manejar el soplete y con el tiempo creó sus propios diseños. Su primera pieza fueron unos aretes que le regaló a su mamá y, desde ese momento, no ha dejado de estudiar la técnica. En 2018 se unió con otros 13 artesanos para crear la Asociación de Jóvenes Joyeros Emprendedores de Guapi, Jeguajoyeros. Artesanías de Colombia les donó las herramientas para que pudieran abrir un taller desde donde venden piezas a diferentes ciudades del país. A los 21 años, José Miguel sueña con exhibir sus creaciones alrededor del mundo y hacer de Guapi un reconocido centro de la filigrana en Colombia.



En Jeguajoyeros se han especializado en la filigrana con hilos de plata. Una vez tienen la materia prima, que consiguen en Bogotá, Cali o Medellín, la pesan y la funden hasta convertir la plata en una barra que ponen a cocinar con agua y sal de alumbre para quitarle las impurezas. Después pasan la barra a un laminador, una especie de regla gruesa con orificios, que se encarga de formar hilos de plata cada vez más finos y delgados. Luego templen el hilo para que quede más largo y recto, entorchan las dos puntas, vuelven a laminar para seguir aplanándolo y, de nuevo, lo ponen a cocinar. Durante un día dejan secar la materia prima y finalmente comienzan a rellenar anillos, aretes, broches, pulseras y cadenas con delicados hilos de plata. Los diseños están inspirados en el entorno natural de Guapi para que, cada una de las piezas, entregue un pedazo de la magia del Pacífico.

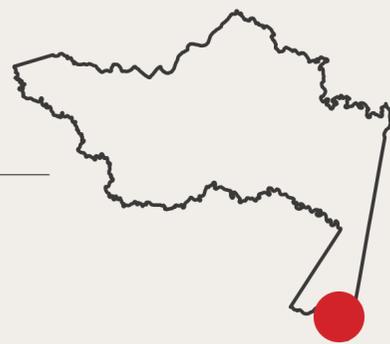




La joyería es uno de los oficios que hasta ahora comienza a desarrollarse en Guapi, Cauca. Hace 20 años hubo un taller, pero la falta de apoyo generó que con el tiempo el negocio desapareciera. Sin embargo, desde 2017 instituciones como Save The Children, el Sena y Artesanías de Colombia han intentado fortalecer el oficio para que los jóvenes de la región encuentren una nueva posibilidad laboral. Aunque Jeguajoyeros

ha sido una de las iniciativas más exitosas, aún falta apoyo. Debido a la pandemia la producción ha estado muy quieta y, de los trece artesanos que empezaron, hoy solo quedan cuatro que están convencidos de la importancia de arraigar el conocimiento de la filigrana en uno de los municipios más golpeados por la violencia.





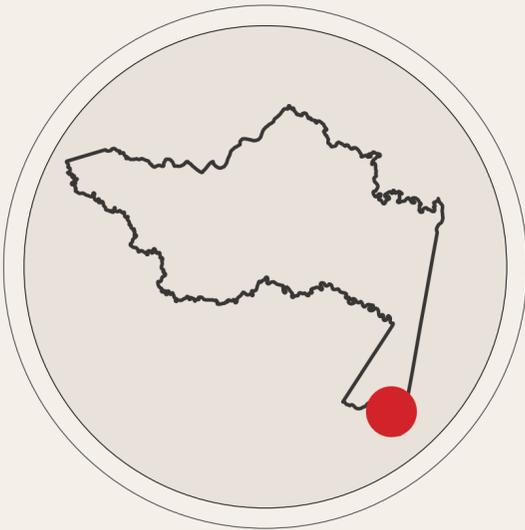
29. LOS TEJEDORES DEL YARÉ

José Pablo Neicase creció en la comunidad indígena okaina, en La Chorrera, en la selva del Amazonas. Sus padres, dedicados a la agricultura, elaboraban cestos de guarumo para recoger las cosechas de las chagras. A los ocho años, José Pablo aprendió a tejer trampas con fibras de palma milpesos. Las ubicaba en las bocanas de los ríos y cuando la corriente bajaba, las mojarra y sábalo caían en las nasas tejidas por el niño. José Pablo aprendió a tejer mientras se desenvolvía en los oficios de la vida cotidiana. Si se requería un cernidor para las harinas o un capillejo (canasto) para llevar la fruta, José Pablo debía saber tejerlos. Para los okaina tejer con guarumo o bejuco yaré es algo cotidiano. Así como es cotidiana la memoria e historia de su pueblo, una fuerte presencia que recuerda un genocidio de más de 30.000 indígenas de las etnias bora, uitoto y okaina a principios del siglo XX. La recuperación poblacional ha sido muy lenta. En el censo de 2018, el DANE reportó que hay 412 okaina en Colombia. Por eso mismo, una de las preocupaciones de la etnia es mantener viva su cultura. Para que esto sea posible y contribuir a la propagación de sus tradiciones, José Pablo fundó en el año 2012 el Taller Yaré Okaina, un colectivo en el que 25 personas del cabildo indígena trabajan tejiendo con las fibras del yaré bolsos, canastos, individuales, centros de mesa y cestería decorativa.



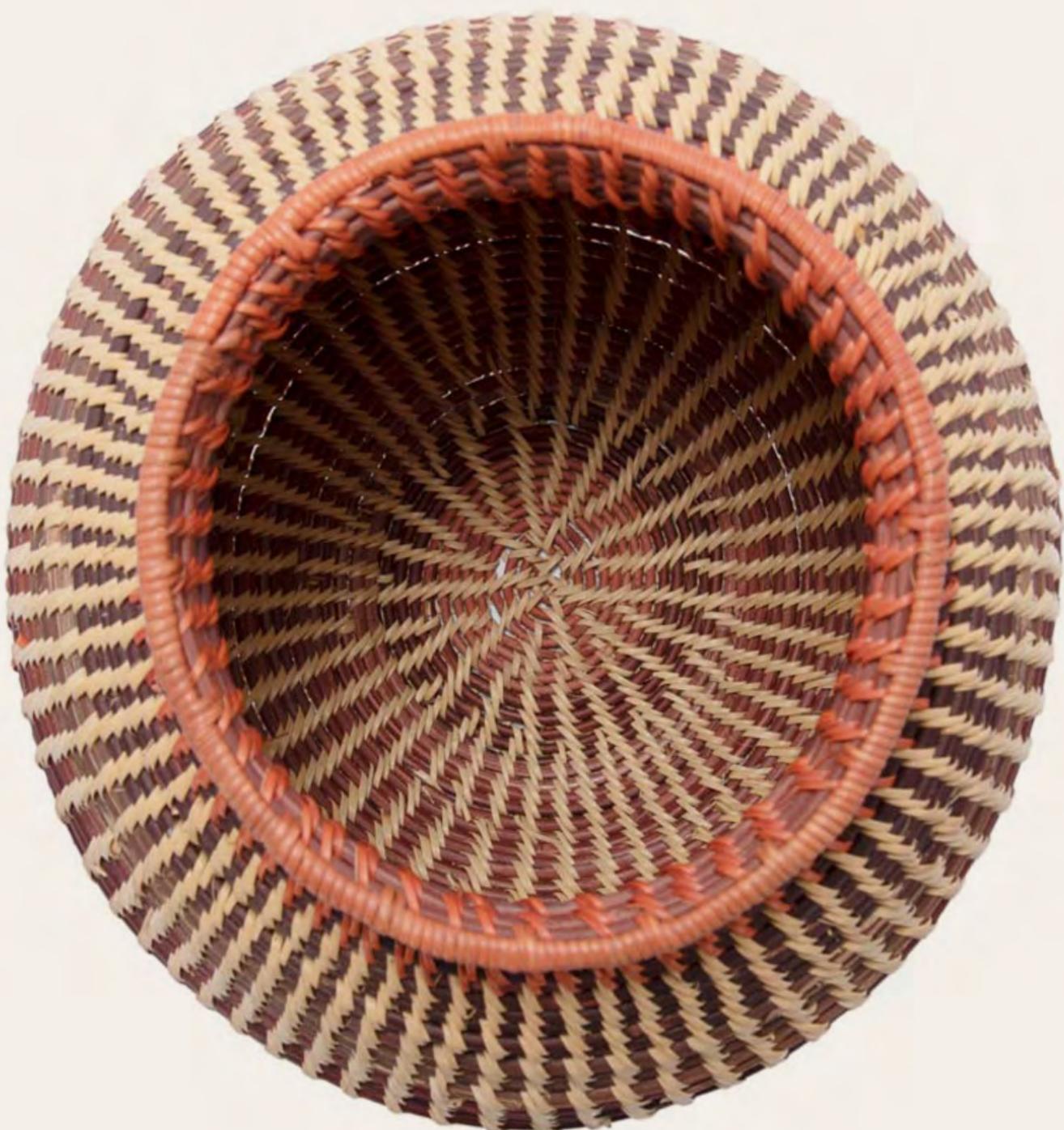
Los bejucos yaré se encuentran jungla adentro. Penden de las copas de los árboles y para conseguirlos se emprenden excursiones que duran días. Antes de la expedición, los okaina le piden permiso a la selva para garantizar que la búsqueda sea segura. Recogen las lianas, regresan a casa y preparan un fogón con un caldero de agua hirviendo. Allí cocinan los bejucos para que se ablanden. Luego de la cocción los dejan secar durante un día, para después pelarlos con un cuchillo y extraer la fibra. Para conseguir el color rojizo de sus piezas, utilizan las hojas de la planta del cayiru, y para el amarillo el azafrán. Finalmente comienzan a tejer a mano cestos, bolsos y canastos que transmiten parte de su herencia cultural.

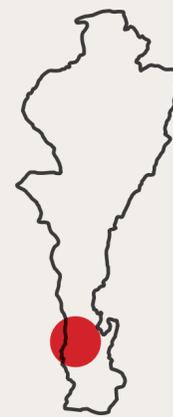




Para los okaina el bejuco yaré es una planta que simboliza la conexión entre el hombre y la madre tierra. Al tejer con yaré, el saber y la cosmovisión de la etnia se transmiten en sus productos de cestería. A los okaina los une el interés por la recuperación cultural de su pueblo, afectado históricamente por el conflicto armado y la explotación del caucho. Tejer el pensamiento y sus símbolos en la

cestería, son de vital importancia para continuar con el relato colectivo de una etnia, que estuvo a punto de extinguirse, y que hoy vuelve a ser reconocida por medio de sus artesanías.





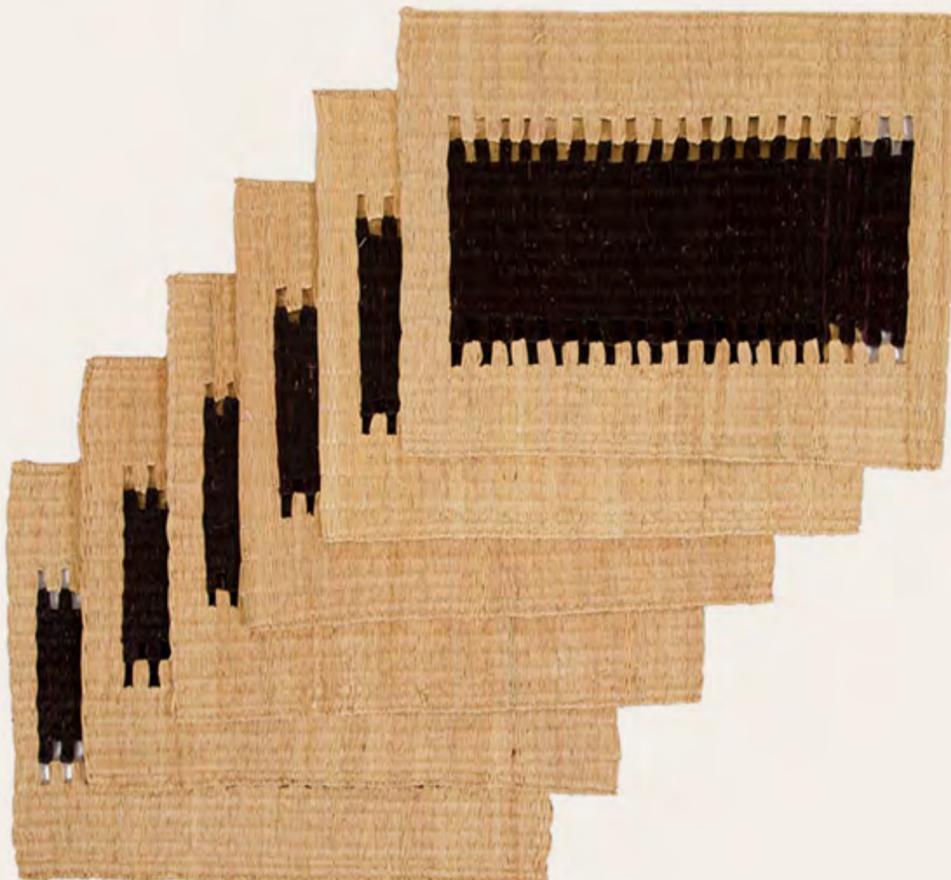
30. LAS ESTERAS DE CHIMICHAGUA

Juana de Dios Díaz aprendió a tejer esteras a los siete años. Aunque su madre se dedicaba a la tejeduría, su padre, ganadero y agricultor, no quería que sus siete hijos aprendieran el oficio. Sin embargo, el caso de Juana era diferente. Desde muy temprana edad comenzó a comer tierra y, para evitar que esa terrible manía acabara con su vida, sus padres la enviaron a la casa de su abuela materna en Chimichagua, César. Durante un año, se sentó a su lado a verla trabajar y, poco a poco, comenzó a tejer esteras en las que la gente solía dormir. Así fue enamorándose de un oficio que ha marcado su vida. En 1986 su madre fundó la Asociación de Artesanos de Chimichagua con el objetivo de fortalecer el trabajo artesanal de la región. Juana de Dios fue un miembro activo del grupo hasta 2005, cuando por amenazas de grupos paramilitares tuvo que dejar el municipio e instalarse en Cúcuta durante 12 años. Hace tres volvió a su tierra y ahora es la directora de la asociación, la cual agrupa a 20 familias. A los 58 años, asegura que gracias a la tejeduría encontró un sentido de vida con el que espera inspirar a las mujeres del César.



LAS ESTERAS DE CHIMICHAGUA

La Asociación de Artesanos de Chimichagua cuenta con cuatro hectáreas de tierra en las que se han dedicado a cultivar la palma estera, una planta espinosa que es exclusiva de Colombia. Las artesanas van quitando las espinas y extrayendo las venas de cada hoja. Durante tres días ponen las hojas bajo el sol hasta obtener el color blanco que caracteriza a la fibra. Después la llevan a cocción para tinturarla con semillas de jagua, achiote, hojas de bija o batatilla, y así conseguir los diversos colores. Luego secan la materia prima y comienzan a tejer. Con nailon de pescar realizan la armadura de la estera y con la palma van creando la trama del tejido en un telar vertical. Además, hacen butacos, bolsos y cojines con atractivos diseños geométricos.





LAS ESTERAS DE CHIMICHAGUA



La tradición de tejer con palma estera viene de los indios chimila, antiguos habitantes de la región. A la llegada de los españoles los chimila comenzaron a utilizar el tejido como método de comunicación, codificando mensajes a través de los diseños y colores que plasmaban en los tejidos. El arte de tejer las esteras (tapetes) se fue transmitiendo de generación en generación y marcó la identidad artesanal

de gran parte del César. Sin embargo, actualmente solo unas 150 mujeres se dedican a tejer esteras en Chimichagua. El oficio ha ido perdiendo fuerza y son muy pocos los jóvenes que manifiestan interés en la tejeduría. Por eso Juana de Dios Díaz se ha dedicado a enseñar la técnica en el municipio. Para ella, transmitir el conocimiento se ha convertido en la mejor manera de conservar el saber ancestral que mora en las esteras de Chimichagua.





31 . IDENTIDAD ARHUACA

Para **Judith Torres** el tejido es un oficio que hace parte de la vida de la mujer arhuaca. Nació hace 48 años en la comunidad Arwamake, en la Sierra Nevada de Santa Marta, y a los tres años comenzó a tejer al lado de su abuela. Según Judith, la sabiduría del tejido la recibió cuando estaba en el vientre de su madre, por eso supo desde tan pequeña cómo hilar la lana y el algodón, y cómo debían moverse sus manos para dar vida a una mochila. A los cinco años tejió su primera pieza y se sumergió en la cosmogonía y los saberes de su pueblo. En 2015 supo que había llegado el momento de apoyar a su comunidad y decidió poner todo su empeño en la creación de Asoarhuacos, una asociación que reúne a más de 200 mujeres indígenas que buscan comercializar sus productos y recibir un precio justo por su trabajo. Bajo el liderazgo de Judith han asistido a ferias artesanales y cautivado con sus creaciones a clientes de varios países que han descubierto el profundo significado de la mochila.

Las mujeres arhuacas tejen las mochilas para alguien mayor, las entregan al mamo para realizar un trabajo espiritual específico o se las regalan a su esposo como un símbolo de respeto, aprecio y lealtad. El proceso de tejeduría puede durar meses. Primero trasquilan la oveja, lavan la lana, la secan y la separan por colores: negra, blanca, gris y marrón. Cada color se hila a mano, pasando el hilo del brazo izquierdo al derecho para unir las dos energías. Después comienzan a tejer desde la base mientras van inspirándose en el diseño que quieren plasmar en la mochila. Los dibujos son geométricos y representan plantas, animales, piedras sagradas y la espiral de la tierra.





Para los arhuacos la mochila es una especie de libro que simboliza la cosmogonía, la geografía, la naturaleza y las matemáticas. También es una copia de la creación de la tierra, por eso es redonda y su tejido gira hacia la derecha. Cada diseño tiene un significado profundo y debe ser simétricamente perfecto. Algunos hablan de la libertad y la fortaleza de la cultura arhuaca, otros de protección y unión

familiar, y otros (de rayas verticales y horizontales que van hacia arriba) están enfocados en representar el origen de la energía femenina y masculina en el universo. Judith asegura que, aunque la mayoría de los compradores de la mochila no pertenecen a su cultura, con el tiempo han entendido que se trata de un objeto sagrado de protección, una pieza única en la que late con fuerza la identidad de un pueblo.





32. HAMACA ANCESTRAL

Ledis Oneida Jaramillo nació hace 42 años en Valledupar, donde aprendió a tejer mochilas al lado de su madre. A los ocho años hizo su primera mochila y a los 14 ya dominaba la técnica del telar vertical. Luego descubrió el secreto de los tintes naturales, supo cómo usar las semillas de aguacate para conseguir el color terracota, las flores de un bejuco para sacar el azul y el achiote para obtener el rojo. A los 20 años se casó y se trasladó a San Jacinto, Bolívar, donde vivía toda la familia de su esposo. Allí se conectó con una larga tradición artesanal y aprendió a tejer las famosas hamacas labradas y bordadas que han marcado la identidad del municipio. En 2012 decidió crear la Asociación Tejedoras de Esperanza, en donde 50 mujeres (25 jóvenes y 25 de la tercera edad) se han propuesto mantener vivo el legado de la tejeduría en San Jacinto a través de la fabricación de hamacas, bolsos, cojines, individuales, caminos de mesa y billeteras.



Ledis Jaramillo necesita 34 madejas de algodón para tejer una hamaca grande. La materia prima la consigue procesada en locales del municipio, pues hace muchos años se dejó de cultivar el algodón en la región. Unos hilos los deja de color beige natural y los otros los tinte con la técnica indígena del lampazo, que consiste en teñir por partes la madeja de hilo a través de un sistema de amarres y nudos para lograr contrastes de colores. El proceso de tinturado puede tardar 15 días. Primero debe ubicar el hilo en un devanador, amarrarlo y envolverlo. Luego lo enjuaga con detergente y lo pone en una olla con agua hirviendo, semillas y hojas. Después de 35 minutos lo lava con agua fría para que el color no se corra y deja secar la fibra. Mientras tanto sumerge los hilos sin tinturar en agua de almidón de yuca, la cual les da una textura fina y resistente. Ledis se ha empeñado en rescatar los diseños tradicionales como el pilón, que simboliza la práctica de las pilanderas de arroz, o la casa, que representa las casas de bareque del pueblo.





En San Jacinto cuentan que la tradición de la tejeduría de hamacas la heredaron de etnias indígenas como los zenú y los malibú. Con el tiempo el oficio se fue transmitiendo de generación en generación y se convirtió en una importante fuente de ingreso para las mujeres del municipio que, como Ledis Jaramillo, se han encargado de mantener vivo el arte del tejido en telar vertical. Además, gracias a asociaciones como Tejedoras

de Esperanza, se ha podido rescatar el saber de maestras artesanas, así como diseños y técnicas de tinturado con plantas y semillas que enriquecen la maravillosa historia que rodea a una de las piezas más emblemáticas de la artesanía en Colombia.





33. EL PUENTE ENTRE DOS MUNDOS

Liliana Grueso nació en el municipio de López de Micay, en el Cauca. Pertenece a la etnia eperara siapidara, pueblo que proviene de la gran familia embera, y desde muy pequeña estuvo involucrada en los procesos de cestería de su familia. A los ocho años se internaba en el monte en busca de las orillas de las quebradas en donde crecía la paja tetera. Con ella tejía canastos que le servían para cargar pescado o leña. Liliana aprendió viendo cómo su mamá y su hermana tejían vasijas, individuales y monederos. A los quince años era una experta tejedora. Sin embargo, las pugnas violentas en el territorio desplazaron a varias familias de su comunidad. Las FARC asesinaron a su padre y, junto a su mamá y su hermana, tuvo que desplazarse a Timbiquí. Pero lamentablemente las amenazas continuaron y no tuvieron más alternativa que dejar su territorio y migrar, en 2008, al barrio San Cristóbal, en el sur de Bogotá. En la capital, preocupadas por el sustento económico, se empeñaron en producir artesanías de manera organizada. En 2010, las mujeres Grueso fundaron Mites Artesanías, una empresa dedicada a la tejeduría con paja tetera y chocolatillo. Hoy cuentan con quince artesanas de la etnia eperara siapidara, quienes tejen a mano lámparas, manillas, sobres, petacas, terlenkas (vasijas), materas y el tradicional canasto cuatro tetas.



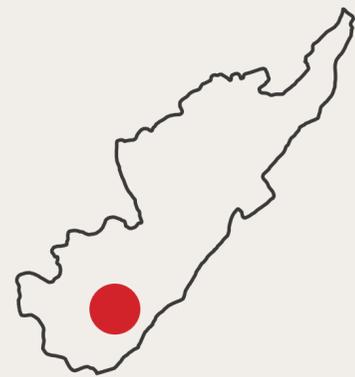
Algunos familiares de Liliana Grueso recolectan la paja tetera en el Cauca, así como flores y raíces de plantas con las que tinturan algunos productos. De la tetera se utiliza el tallo que debe extraerse cuando tiene dos hojas, según la sabiduría de los mayores. Estos tallos les son enviados a las mujeres de la etnia en Bogotá. Una vez recibidos, deben secarse y pelarse con cuchillo con el fin de extraerles las fibras con las que tejen. Estas se clasifican según el producto: largas y anchas si son para una lámpara o un canasto cuatro tetas; cortas y delgadas si son para un joyero o una manilla.





La cosmovisión de los eperara siapidara está ligada esencialmente con sus productos tejidos. Las mujeres tejen y establecen un puente entre los dos mundos que rigen su cultura: el mundo etéreo o de los espíritus y el mundo físico donde se desarrolla la vida humana. Este puente se representa en los tejidos con símbolos como el del mono, que recuerda a los antepasados de la etnia, capaces de adoptar la forma humana o simiesca. La araña es otro de los símbolos que acompañan a las tejedoras desde el nacimiento. Sus madres las tejen y las ponen en las cunas de las bebés con el fin de que las niñas sean hábiles tejedoras de paja tetera y chocolatillo y así preservar un conocimiento ancestral.





34. LA CUNA DE LA FIBRA DEL PLÁTANO

Litsbina Becerra asegura que la tejeduría hace parte de su ADN. Su tatarabuela y bisabuela tejían ruanas y bolsos de lana, y sus padres se dedicaron a tejer con fique costales, morrales utileros (usados por los niños para ir a la escuela) y bolsos para cargar el mercado. Con el tiempo, la familia también descubrió las bondades de la fibra del plátano. Fue su madre, Clelia Rengifo, quien intuyó que se podía tejer con la fibra de la calceta del plátano. Probando, tejió una mochila con la que participó en una feria artesanal. Desde entonces, la familia Becerra Rengifo se ha encargado de transmitir la técnica en San Agustín, Huila. Litsbina aprendió a tejer a los 10 años. Aunque confiesa que no fue fácil, poco a poco fue dominando el oficio. Hace seis años, luego de realizar un curso de emprendimiento en el Sena, abrió la empresa Libertejidos con el objetivo de apoyar a madres cabeza de familia. En el taller trabajan 35 mujeres y 15 hombres haciendo telas, tapetes, mochilas, bolsos, centros de mesa y manteles. Sin embargo, debido a la pandemia, tuvieron que parar la producción y entregar el punto de venta que tenían en el pueblo. A los 50 años, Litsbina espera que en diciembre las ventas se activen para abrir de nuevo el local y seguir enseñándole al país las bondades de la fibra del plátano.



LA CUNA DE LA FIBRA DEL PLÁTANO

En Libertejidos compran los tallos del plátano en fincas de la zona rural de San Agustín. Seleccionan las calcetas de la planta y las colocan, una por una, sobre una tabla larga de madera para extraer la fibra con la ayuda de una manija y un machete. De cada calceta se obtienen entre tres y cuatro gramos de fibra. Luego la lavan con agua y jabón para darle más suavidad, y en una olla grande la someten a un proceso de cocción con tintes naturales que obtienen de las hojas del nogal, la semilla del aguacate, el achiote, la cúrcuma y el azafrán. Después la secan al sol y comienzan el proceso de hilado, el cual se realiza en un huso de madera artesanal para conseguir hilos de diferentes calibres. Finalmente arman el tejido en un telar o tejen en croché tapetes, bolsos y mochilas.





LA CUNA DE LA FIBRA DEL PLÁTANO



La cosmovisión de los eperara siapidara está ligada esencialmente con sus productos tejidos. Las mujeres tejen y establecen un puente entre los dos mundos que rigen su cultura: el mundo etéreo o de los espíritus y el mundo físico donde se desarrolla la vida humana. Este puente se representa en los tejidos con símbolos como el del mono, que recuerda a los antepasados de la etnia, capaces de adoptar la forma humana

o simiesca. La araña es otro de los símbolos que acompañan a las tejedoras desde el nacimiento. Sus madres las tejen y las ponen en las cunas de las bebés con el fin de que las niñas sean hábiles tejedoras de paja tetera y chocolatillo y así preservar un conocimiento ancestral.





35

SAN JACINTO: LA CUNA DE LA HAMACA

Cuando cumplió siete años, **Ludys Carval** supo que había llegado el momento de aprender a tejer. Todos los días se paraba al lado de su madre y la observaba hacer telas y bolsos con hilos de algodón. Luego agarraba las bolitas de hilo que sobraban y con las manos intentaba imitar los movimientos de su madre. Un día su papá (quien se dedicaba a la agricultura) apareció con un regalo para la familia: un telar vertical en el que empezaron a hacer fajas de colores con hilos de algodón. Su mamá le enseñó a manejar la máquina y, a los 13 años, Ludys tejió su primera pieza: una divisoria con tejidos de flores. Luego se especializó en arbolitos, un objeto decorativo con forma de árbol que se cuelga en las casas de San Jacinto durante la Navidad, y finalmente se lanzó y empezó a tejer hamacas de diferentes tamaños. Cuando se casó hizo su primer telar con dos pedazos de madera de una vieja cama de la casa de sus padres, y luego compró dos más, de diferentes tamaños, en donde hace hamacas, telas, fajas, bolsos y cojines.



SAN JACINTO: LA CUNA DE LA HAMACA

Ludys trabaja cinco horas diarias en su casa, donde tiene decenas de madejas de hilo de algodón procesado. Primero elige los colores que va a combinar y después comienza una ardua labor en la que debe estar de pie, frente al telar, para poder trenzar el hilo e ir dándole vida a hamacas de rayas, que teje en ocho días, y a hamacas labradas, con diseños geométricos heredados de los antepasados indígenas de la región, en las que trabaja hasta quince días seguidos. Moviendo el telar va juntando con paciencia la urdimbre (los hilos de base sobre los que se teje verticalmente) y la trama (los hilos horizontales) hasta lograr una pieza perfecta.





SAN JACINTO: LA CUNA DE LA HAMACA



San Jacinto, Bolívar, es una tierra de gaiteros y artesanos. Su herencia cultural y artesanal viene de sus raíces africanas y de los indígenas zenú, quienes hace muchos años habitaron la región y fueron conocidos por su abundante producción textil. Ese legado se transmitió de generación en generación y se ha mantenido vivo en el municipio gracias a la labor de artesanas como Ludys,

quienes se han encargado de preservar el conocimiento del tejido a través de la hamaca, el objeto que ha identificado a San Jacinto en el mundo, y el cual era usado por los zenú en sus ritos fúnebres y como un símbolo de compromiso que el novio le entregaba a la novia. Hoy en día las mujeres continúan aprendiendo el oficio mientras los hombres se encargan de construir los telares y comercializar productos que son el resultado de un legado ancestral.





36 . LA MAESTRA DEL SOMBRERO VUELTIAO

Luisa Flórez tuvo una infancia solitaria. Cuando tenía tan solo trece meses su madre murió y su papá la abandonó para seguir las tradiciones de la etnia zenú: caminar como un peregrino para afrontar el duelo. Creció al lado de su abuela, quien le enseñó a trenzar los ribetes con los que se va tejiendo el tradicional sombrero vueltiao y la ayudó a darse cuenta de que la tejeduría ya estaba esbozada en su camino. Pero Luisa también soñaba con estudiar. Como su abuela no tenía suficientes recursos para pagarle el colegio, decidió tomar las riendas del asunto. Tejiendo sombreros que vendía en San Andrés de Sotavento, Córdoba, consiguió el dinero que necesitaba para pagar sus estudios. A los 16 se casó y se trasladó al municipio de Tuchín. Durante 12 años trabajó como madre comunitaria atendiendo a madres gestantes y se capacitó en tejeduría en una escuela artesanal donde luego se dedicó a enseñar a tejer distintos objetos con la caña flecha. En el año 2000 montó el taller Artesanías Luisa y en 2015 ganó la Medalla a la Maestría Artesanal. A los 58 años, asegura que lo más importante es que la tradición del sombrero, considerado un símbolo nacional, se perpetúe en el tiempo.



LA MAESTRA DEL SOMBRERO VUELTIAO

Luisa Flórez consigue la caña flecha con la que teje bolsos, tapetes, cojines, individuales, pulseras y el tradicional sombrero vueltiao en el mercado de Tuchín. Para realizar el sombrero, que tradicionalmente es de color blanco y negro, tiene que conseguir un barro puro que brota de algunos pozos del municipio. Con el barro y la planta bija pone a cocinar la caña flecha durante un día, luego la lava, la seca y repite el procedimiento dos o tres veces hasta obtener el color negro. Cuando la fibra está seca comienza a trenzar a mano la horma del sombrero y, para tener más precisión, lo arma con la ayuda de la máquina de coser.





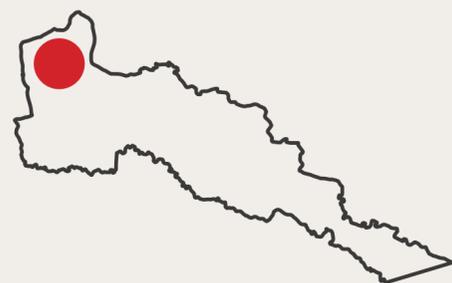
LA MAESTRA DEL SOMBRERO VUELTIAO



El sombrero vueltiao hace parte de la cultura de los indígenas zenú y se cree que su uso formaba parte de rituales de jerarquía de la etnia. Al inicio se confeccionaba únicamente de color blanco, pero con el tiempo, cuando comenzaron a tinturar las fibras, ingresó el color negro. En 1985 el sombrero se conoció a nivel internacional cuando el boxeador Miguel 'Happy' Lora lo usó al ser coronado campeón mundial en la categoría peso

gallo, y en 2011 se creó la Denominación de Origen Tejeduría Zenú, que reconoce la exclusividad de la pieza y protege a los artesanos contra falsificaciones. Para Luisa Flórez, el sombrero vueltiao es único en el mundo. Un objeto que enaltece en sus diseños la memoria de los antepasados que registraron la flora y la fauna de la región en las tradicionales pintas que las artesanas plasman en el sombrero, como el grillo, la flor de la cocorilla, la costilla de la vaca, el ojo del gallo, la mariposa, la mojarra y la flor del limón.





37. LOS ROSTROS DE LA SELVA

Marcelino Chasoy fue criado como agricultor en Sibundoy, Putumayo. Su padre cultivaba frijol, maíz y calabaza. A los 17 años, Marcelino ya tenía sus propios cultivos. Culminó el bachillerato e hizo varios técnicos en el Sena: en especies menores, en sistemas y en mantenimiento de acueductos. Uno de sus diez hermanos -Gerardo- estudió Ingeniería Civil en la Universidad Nacional. Para sostenerse en Bogotá vendió manillas y collares de piedras y semillas. Le fue tan bien que terminó en Expoartesanías. Marcelino viajó a ayudar a su hermano en la feria de 2006. Cuando regresó a Sibundoy, vendió todas sus cosechas y decidió que quería dedicarse a la talla de madera. No sabía nada, pero con los cuchillos de la cocina empezó a tallar, en madera de sauce, colmillos de jaguar. Al poco tiempo, un artesano de bancos tradicionales lo contrató para que le ayudara a cargar la madera. Marcelino observó el proceso y aprendió, con machete y serrucho, cómo se hacían los bancos. Después hizo collares y aretes. Fue un año de aprendizaje que desembocó en el objeto de su predilección: las máscaras kamentsá. En 2016, con 41 años, decidió organizarse con sus hermanos y fundó la Asociación Shinyak, un taller que emplea a 21 personas en el corte, talla y pintura de máscaras de madera.



En Sibundoy saben que si un sauce viejo se cae deben llamar a Marcelino Chasoy. De ese tronco grande, él se encarga de cortar los moldes con las medidas exactas para las máscaras. Si son máscaras de 30 centímetros, un sauce adulto provee 7000 de ellas. Después, los moldes se dejan secar, durante cuatro días, en un cuarto que tiene el piso cubierto con una gruesa capa de aserrín. Los moldes se ponen sobre tablas, separados unos de otros, para que no se pudran. Luego, se remojan y, con las gubias y los formones, se delinean los rostros gestuales en la madera. Las líneas de la alegría, la tristeza, la rabia y el asombro quedan talladas en las máscaras. Finalmente se dejan secar, se lijan y se agregan distintos acabados como tintes naturales, pinturas con vinilos o enchapados con chaquiras.

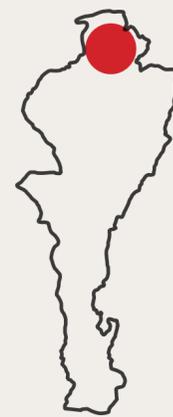




La importancia social y cultural de las máscaras se revela en las historias que se cuentan en ellas, como los diferentes procesos de indignación, aniquilación e historia colonial. Las máscaras kamentsá narran la alegría y la reconciliación del Carnaval del Perdón, una de las festividades más importantes de la etnia en la que miembros de la comunidad, que han estado distanciados, se reúnen

para perdonarse. También retratan las leyendas de los taitas que se convierten en jaguar y los estados espirituales que se experimentan con el yagé, la planta sagrada usada desde tiempos inmemoriales. Las máscaras no sólo representan rostros: transmiten la extensa cultura ancestral kamentsá.





38

TEJIENDO CON EL PENSAMIENTO

María Sofía Martínez aprendió a tejer a los ocho años. En una troja, un palo de madera que atravesaba su casa, su abuela amarraba cabuyas para que ella fuera hilando. Así aprendió a tejer mochilas de fique, un importante objeto que simboliza la fertilidad para los indígenas kankuamos. A los 20 años se casó y se trasladó al corregimiento de La Mina, a una hora de Valledupar, donde su carácter de líder comenzó a revelarse. Reunió a varias mujeres y les propuso rescatar el tejido y el proceso de tinturado con plantas naturales que utilizaban los ancestros. Las abuelas kankuamas fueron sus maestras. Observando y preguntando más de 50 mujeres aprendieron el proceso. Pero María Sofía se propuso ir más allá y, hace 12 años, creó Asomujeres, una asociación para apoyar a las mujeres artesanas de su comunidad. A los 63 años teje todas las noches, pues durante el día asiste a reuniones en la alcaldía o la gobernación para buscar nuevas vías de comercialización. Toda su energía está puesta en lograr que el trabajo de las mujeres kankuamas se reconozca como un tesoro artesanal de Colombia.



En el corregimiento de La Mina, César, realizan todo el proceso del fique. Lo cultivan, extraen la fibra, la lavan con agua, la secan al sol durante dos días, la hilan y la tinturan. Hace muchos años dejaron las anilinas para rescatar el valor de los tintes naturales. Empezaron a utilizar el corazón del árbol del Brasil para conseguir el color rojo, el palo del árbol morito para el amarillo y el verde, las flores de cayena para el gris, y las hojas del caracolí para obtener el café. Cuando la fibra está lista empiezan a tejer mochilas, individuales, canastos y portavasos con diseños como el camino, el caracol, la cocada o el rombo, los cuales representan la conexión con la naturaleza.





María Sofía cuenta que las mujeres kankuamas tejen la mochila con el pensamiento. Desde muy niñas aprenden que el tejido representa el origen del mundo, y que deben tejer enfocando su energía en el amor que sienten por una labor ancestral. La mochila está presente en ritos de bautismo, matrimonio, curación y muerte. Una de las más importantes se conoce como el susugao, es pequeña y la

teje la mujer para regalársela a su novio o esposo como símbolo del amor profundo que siente hacia él. Otras mochilas son la carguera, especial para cargar cobijas, hamacas y ropa; la tercera, que es la más grande y se utiliza para cargar los objetos de uso personal, y las llamadas mochilas de trajinar, que se usan para las compras de la tienda. Para María Sofía, un verdadero kankuamo nunca anda sin mochila, símbolo de la identidad cultural de su pueblo.





39

CANASTOS PARA LA VIDA

Portar el uniforme, alistar la cartuchera y tomar apuntes en un cuaderno pueden parecer acciones gratuitas para la mayoría de los niños, pero no es así. Al menos no lo fue para **Marina Niño**, quien a la edad de ocho años vendía canastos de chin para poder costearse sus útiles escolares. En el zaguán de su casa, en la Vereda Resguardo, en Tenza, Boyacá, se sentaba junto a su mamá y su abuela a tejer los cestos que les vendía a los comerciantes de Tenza. Era una época próspera porque la demanda era alta: los camiones salían del pueblo cargados de canastos que eran distribuidos por todo el país. Al terminar el colegio aprendió a tejer con otras fibras naturales como la iraca, el fique y el bambú. A los 44 años, Marina trabaja con la Comunidad Artesanal de Tenza, una asociación que reúne y organiza a varios talleres individuales del municipio. El sueño de la artesana es que Tenza recobre la prosperidad de la que gozó cuando ella era niña. Dejar a un lado las bolsas de plástico y promover el uso del chin y el bambú. De paso, poner de moda la tradición popular campesina: hacer compras con canastos de fibras vegetales.



Para realizar los cestos y canastos en bambú lo primero que hay que hacer es conseguir la materia prima. Algunos talleres tienen acceso a sus propios cultivos, pero Marina Niño debe comprar la fibra. Las cañas se abren a lo largo para obtener tiras de diversos anchos. Dependiendo de las dimensiones del canasto las fibras se cortan de manera más gruesa o fina con el fin de hacer los amarres, tejer los entramados y seguir el diámetro de la cestería que se esté manufacturando. Esto permite combinar los grosores de los armantes y de las cañas, una técnica que facilita encontrar nuevas figuras, a las que Marina agrega tinturas con variados colores. En su taller, además de los cestos y canastos, produce mallas inspiradas en las de barro que servían para fermentar chicha. Pero estas mallas de bambú se usan para almacenar ropa, ser centros de mesa o materas para poner las plantas del hogar.





El impacto de la cestería en chin y bambú de los talleres de Tenza está siendo impulsado en programas regionales como el de “Más fibra, menos plástico”, el cual busca generar una consciencia ambiental entre los boyacenses y, de paso, ayudar a aliviar el ahogo del planeta disminuyendo el uso de plásticos y materiales sintéticos importados de China. Un hecho que ha afectado económicamente a la población

artesanal del municipio. Por eso la Comunidad Artesanal de Tenza trabaja contra el daño que el plástico le hace a la naturaleza y promueve el uso consciente de recipientes de chin y bambú como una manera de valorar una práctica campesina que, hoy en día, puede salvar al planeta.





40 . LAS BONDADES DE LA IRACA

A los 56 años, **Martha Borja** confiesa que siempre le gustó la artesanía. Aunque creció en una familia de agricultores de Colosó, Sucre, desde chiquita les tejía vestidos a las muñecas y, con retazos de tela, se hacía blusas y camisetas. A los 10 años aprendió a tejer observando a una vecina que se dedicaba a la modistería. Martha pasaba las tardes viendo el proceso y ayudando a poner botones y a coser remiendos. A los 18 años se interesó por la tejeduría en palma de iraca y decidió aprender por su cuenta. Compró una cazuela para guardar los huevos, la desbarató y la armó de nuevo. El proceso lo repitió varias veces hasta que fue entendiendo cómo trabajar con la fibra. Su primera pieza fue un condimentero y, desde entonces, no ha dejado de crear diversos objetos con sus manos. Durante tres años trabajó como instructora de tejido en el Sena y en 2006 creó el Grupo de Artesanas Martha Borja, compuesto por 22 mujeres de Colosó que han encontrado en la tejeduría un propósito de vida.



LAS BONDADES DE LA IRACA

Martha Borja y su grupo de artesanas les compran la iraca a agricultores del municipio que se encargan de ir al monte y cortarla. Cada una trabaja en el patio o la sala de su casa, donde extraen la fibra de cada hoja, la lavan y la cocinan durante 20 minutos en una olla con agua hirviendo y sal para que la textura de los productos sea más consistente. Después vuelven a lavarla, la cuelgan y la dejan secar al sol durante tres días. Finalmente comienzan el proceso de desvenado, en el que separan las fibras con la uña y empiezan a tejer, con la ayuda de una aguja, individuales, centros de mesa y objetos decorativos que comercializan a clientes de Bogotá, Medellín, Cali y Pereira. Los diseños están inspirados en las formas de la naturaleza y los colores de las casas de Colosó, que en su mayoría son blancas y cafés. De esa manera, cada pieza honra la identidad cultural de un pueblo que vive orgulloso de sus artesanías.





La tejeduría con palma de iraca se ha convertido en una de las labores artesanales más populares de Colosó y en una importante fuente de ingreso para la mayoría de las familias de la zona. El oficio, del que hoy viven unas 200 personas, se implementó hace más de 30 años como una manera de aprovechar los recursos naturales con los que cuenta la región a través de la elaboración de diferentes

objetos como bolsos, canastos, sombreros e individuales. En 2009 los artesanos de Colosó recibieron el Sello de Calidad Hecho a Mano del Icontec y, desde entonces, se han empeñado en transmitir y conservar un importante saber que hace parte de la historia del municipio.





41

○ VAJILLAS DE LA TIERRA

A **Miguel Ángel Alvilez** siempre le gustó jugar con el barro. A los cinco años hacía muñecos con bolitas de arcilla y observaba cómo las manos de su madre iban formando múcuras y tinajas. Cuando cumplió diez años comenzó a ir con sus padres a las minas de La Chamba, Tolima. Ayudaba a sacar el barro y luego se encargaba de alisar cada pieza utilizando piedras como el ágata o el ónix. Miguel asegura que siempre quiso dedicarse a un oficio que lo mantiene en contacto con sus raíces y tradiciones. Entre 2015 y 2018 lideró el Grupo de Puntillismo Artesanos de La Chamba, compuesto por 15 artesanos que se dedicaron a innovar los diseños tradicionales de las vajillas incorporando grabados en las piezas. Y en 2018 creó con su esposa y sus dos hijos el taller Punto y Arte, donde hacen ollas, cazuelas, platos, sartenes, vasos y bomboneras con la tradicional técnica de La Chamba.



VAJILLAS DE LA TIERRA

Para hacer sus piezas Miguel extrae de las minas de la región tres clases de barro: el liso, el arenoso y el rojo. Los dos primeros se secan al sol y luego pasan al molino para convertirse en polvo. Ambos se mezclan para obtener la arcilla que vacían en moldes con las formas de las diferentes piezas. Después comienza el proceso de terminado, en el que se arreglan los bordes y se hacen las orejas (agarraderas) y tapas de los objetos, y finalmente se aplica el barro rojo, el cual actúa como un barniz natural que sella los poros de las piezas. El siguiente paso consiste en alisar y brillar cada objeto con la ayuda de una piedra lisa como el ágata y ponerlos al sol hasta que estén secos. Luego viene el proceso de la quema en un horno de gas a más de 700 grados centígrados. Algunas vajillas son de color terracota natural y otras negras, un color tradicional de La Chamba que se consigue agregando aserrín de madera y cascarilla de arroz durante la quema. Cada pieza es 100% orgánica y nace del profundo contacto con la tierra.





VAJILLAS DE LA TIERRA



Las vajillas de La Chamba, Tolima, son el testimonio de la historia y las tradiciones de un pueblo que, desde hace 300 años, se dedica a la alfarería. Los artesanos de esta región han encontrado en la cerámica un oficio que no solo les ha permitido obtener recursos económicos sino crear un puente para difundir los tesoros de su cultura en diferentes partes del mundo. El contacto con la tierra los ha llevado a crear piezas

emblemáticas de su cultura como la múcura, una representación de la figura femenina que se usa para recoger y almacenar agua, y ollas de diferentes tamaños, con base redonda, tapa y agarraderas, donde consumen los alimentos. Las vajillas de La Chamba han sabido unir la tradición y la innovación en piezas funcionales y duraderas que evocan el poder de la naturaleza.





42. CARROS DE COLECCIÓN

A **Octavio Toro** siempre le gustó la madera. A los diez años construía mesas, instrumentos y carros de balineras con tablas y cartones que encontraba en el sótano de su casa. Sin embargo, a los 12 años su papá murió y se desconectó de su pasión. Octavio dejó Sevilla, Valle, para trasladarse al apartamento de un hermano mayor en Cali. A los 15 años empezó a trabajar como mensajero, después consiguió un puesto como ayudante de corte en un almacén de telas y trabajó casi 20 años en distintas fábricas de confección. Un día encontró unas cajas de madera en las que habían llegado varias máquinas de coser. Motivado con la idea de crear algo para su hijo, pidió prestadas unas herramientas y construyó un camión de madera. La pieza se convirtió en un éxito y Octavio decidió afianzar el conocimiento y matricularse en la Universidad Obrera de Cali para estudiar Artes y Oficios. Al poco tiempo, la empresa donde trabajaba cerró y con el dinero de la indemnización pudo comprar herramientas y materiales, y montar un taller especializado en la creación de carros, aviones, trenes y buses antiguos de madera. A los 62 años, Octavio espera que la pandemia le dé una tregua para que el próximo año pueda cumplir el sueño de tener un stand en Expoartesanías y fascinar a quienes lo visiten con sus creaciones.

Octavio Toro trabaja con pino canadiense y urapán en el desarrollo de cinco líneas de productos: carros antiguos, carros institucionales como tractores, chivas, trenes y jeeps; carros deportivos, carros de juguete y una línea de souvenirs. En su taller trabaja solo, pues dice que el proceso es dispendioso. Antes de empezar el trabajo manual, investiga la historia de la pieza que va a realizar. Luego, él mismo se encarga de cortar, lijar, pulir, pintar con vinilos y sellar la madera. De su taller nunca salen dos piezas iguales, pues se asegura de que cada creación tenga un detalle único que sorprenda a sus clientes.





CARROS DE COLECCIÓN



Hoy en día tener un carro, un tren o un avión de colección hecho en madera es una rareza. Son muy pocas las personas que como Octavio Toro aún se dedican a un oficio que está en vía de extinción. Aunque los primeros carros de juguete imitaban a los clásicos de la época, con el tiempo todo fue cambiando. De la madera se pasó a la hojalata, el cartón, el celuloide y el plástico. La producción se volvió masiva y los modelos fueron carros

estándar desligados de marcas y momentos históricos. Por eso el trabajo de Octavio es tan valioso. Está convencido de la importancia de rescatar un arte que está desapareciendo para poder demostrar, una vez más, el valor de los inigualables juguetes de madera.





43 . LA ESPIRAL MISAK

Patricia Hurtado fue criada por su madre y sus abuelos maternos en Silvia, Cauca, en el seno de una familia del pueblo misak. En el yatul, que es la huerta y la despensa para los misak, conoció los poderes medicinales y nutritivos de las plantas, mientras sus mayores le contaban acerca de su origen y la importancia de ser una líder. De la mano de su abuela aprendió a tejer con lana, en crochet y a usar el telar vertical. Pero la culminación de estos saberes llegó a la manera de las niñas misak: con la primera menstruación. El ritual constó de un encierro de cuatro días. Bajo la tutela de su abuela, Patricia terminó de cimentar sus conocimientos en el telar vertical. En esos cuatro días, aprendió a tejer sus propios chumbes, anacos (ruanas para las mujeres) bufandas y mochilas. Del encierro salió convertida oficialmente en una artesana. Hoy tiene 35 años y hace un lustro creó la Asociación Espiral Misak, con el objetivo de organizar el trabajo de treinta mujeres artesanas de la vereda Ñimbe, Cauca, así como de fijar precios competitivos para sus productos tejidos, cuyo proceso de fabricación y venta beneficia a 150 familias.



El proceso inicia con el cuidado de las ovejas. Pastorearlas, cambiarlas de potrero y alimentarlas bien garantiza que produzcan mejor lana. Las ovejas se esquilan y la lana se lava para sacarle la mugre. Se deja secar y se tiza, es decir se desenreda y se deshacen los nudos. De esta manera queda lista para convertirse en el hilo con el que se tejen las ruanas, las bufandas, las mochilas y las chalinas. Si se trabaja en el telar vertical se debe montar la cantidad exacta de lana necesaria para una ruana o una cobija. Estos productos pueden ir en el color natural de la lana o pueden teñirse empleando plantas de la huerta como la cebolla larga, que da un color verde, las hojas del nogal, de las que se obtienen los tonos marrones, o frutas con las que se consiguen colores vivos como el rojo y el amarillo.





El pueblo misak concibe el tiempo como una espiral en tres dimensiones. Una rueda que da vueltas en sí misma. La llaman el ir y venir. Por ello no pierden de vista el pasado y las historias contadas por los mayores. Cuando tejen hilan el pensamiento con sus tejidos. Para las artesanas de Espiral Misak la ancestral cacica Manela las acompaña en su oficio. Mientras tejen recuerdan que Mamá

Manela les enseñó la importancia femenina de ser semilla y dejar huella en los demás. Con esa intención ancestral elaboran y sacan a la venta sus productos artesanales, con los cuales comparten parte de su cultura con el mundo.





44. LA UNIÓN HACE LA FUERZA

Rómulo Hiupa creció viendo a sus abuelos fabricar canastos con palma de iraca y entendió, siendo muy niño, la utilidad que le podían prestar sus propias manos. En el colegio de la comunidad embera chamí, aprendió que su pueblo había sido caminante durante mucho tiempo hasta que se asentó en las montañas de Risaralda, su actual territorio. Chamí significa cordillera y esa profunda relación con la tierra formó el carácter de Hiupa. La trashumancia de su pueblo dejó en su ADN a cazadores, pescadores, agricultores y artesanos. Este último oficio fue la actividad que llamó su atención desde muy pequeño. Le fascinaba ver cómo de las manos de sus mayores emergían collarines, pulseras y aretes que parecían pirámides de colores. Supo entonces que su vida estaba ligada a los hilos, las agujas y las chaquiras. Hoy tiene 22 años y es uno de los artesanos destacados de la Asociación Kurma Kaí (que significa tejer unidad) en el municipio de Pueblo Rico, Risaralda, la cual está conformada por 26 artesanos que buscan exaltar sus coloridas artesanías en el mercado nacional.



Las chaquiras de colores se compran al por mayor. Vienen por kilos o por libras. En la Asociación Kurma Kaí, según los colores a emplear en el tejido, se seleccionan las chaquiras que se combinan en naranjas, verdes, amarillos o fucsias. Se engarzan manualmente en los hilos y con las agujas se les va dando la forma y el amarre del diseño deseado. Estos diseños provienen de dibujos que los artesanos han hecho sobre el papel, luego de emular las formas y colores de plantas largas como las cerbatanas, los tonos silvestres de las flores, los profundos silencios del cielo o la incandescencia dorada del sol. De este delicado trabajo surgen los okamas (camino que recorren el cuello), así como pecheras, pulseras, correas y aretes.

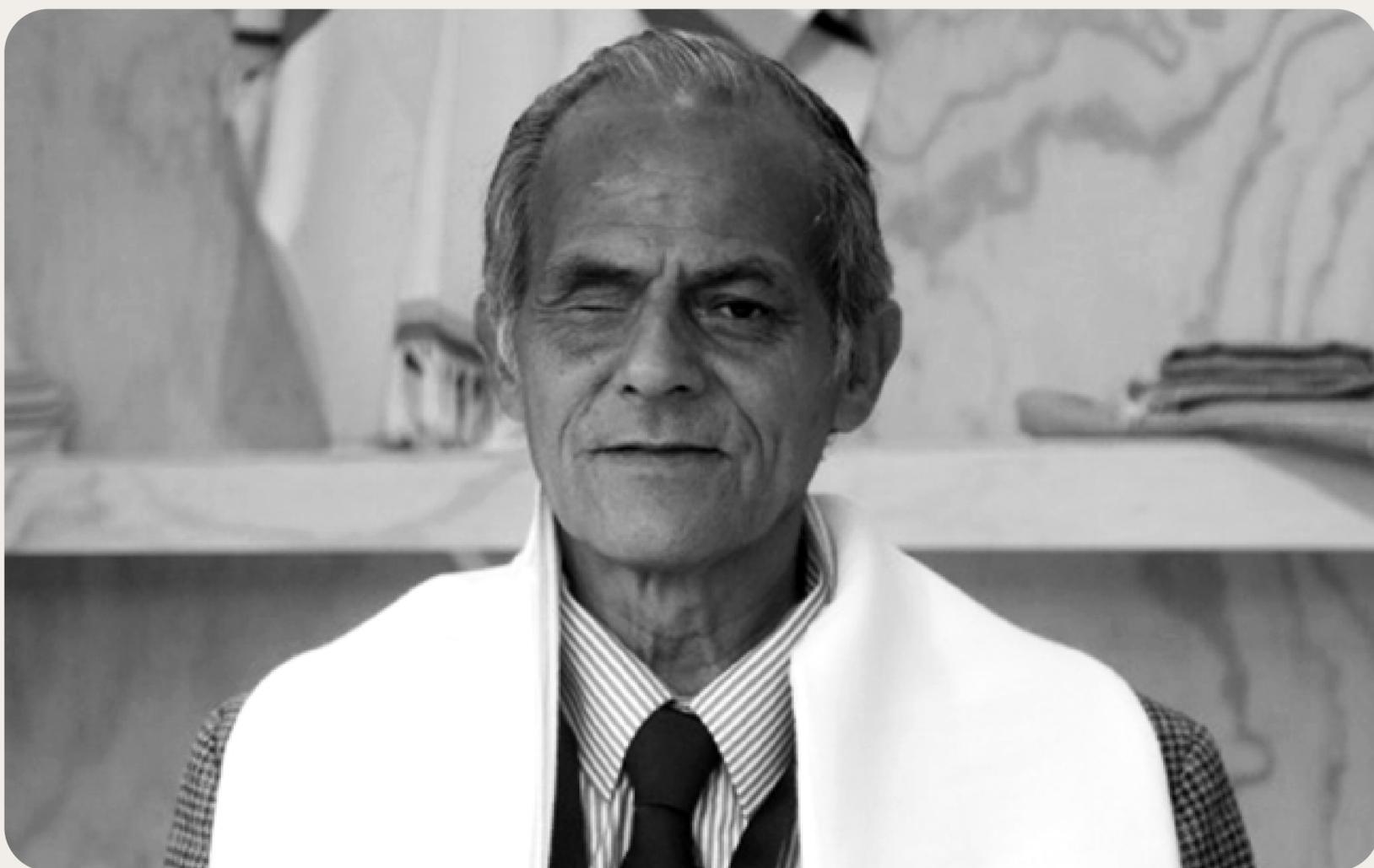




Los colores de las artesanías de los embera chamí tienen significados, así como las formas de las numerosas chaquiras en cada uno de sus diseños. El azul representa al cielo y al mar, pero también al espacio abierto. El amarillo al oro, al sol y a la alegría. El verde a la naturaleza y el blanco a las nubes y a la paz. La forma de la espiral simboliza el camino. El círculo representa la unión

de la comunidad, las líneas quebradas la cordillera y las figuras geométricas sentimientos hacia la madre tierra. Artesanías Kurma Kaí se ha convertido en un motor de desarrollo económico y social de las familias del resguardo indígena del municipio de Puerto Rico. El trabajo de un taller, dedicado y organizado, a través del cual se expresan las profundas tradiciones de la cultura embera chamí.





45 . MANOS DORADAS

Reinaldo Niño asegura que el tejido le salvó la vida. Su madre murió cuando tenía ocho años y quedó al cuidado de su padre y siete hermanos mayores. Sin embargo, Reinaldo no resistió la ausencia de su madre y a los diez años se fue de su casa. Durante muchos años fue habitante de calle, consumió drogas y se acostumbró a alimentarse de sobras. En 1972 estuvo sobrio unos meses y aprovechó para hacer un curso en el Sena de tejido artesanal, diseño y estampado. Aunque supo que tenía talento, al poco tiempo recayó y volvió a las calles. Tenía 48 años cuando decidió parar y salir adelante. Reinaldo asegura que su recuperación fue un milagro. Le pidió a Dios fortaleza y, sin necesidad de terapias, dejó las drogas y construyó un hogar en un pequeño lote de invasión. Un día, mientras caminaba por la Avenida Jiménez con Séptima, encontró en una acera un saco. Lo llevó a su casa, lo desbarató y tejió dos bufandas que vendió rápidamente.



MANOS DORADAS

En ese momento se acordó de todo lo que había aprendido en el Sena y con tubos, dos palos de madera y chatarra construyó tres telares y una enconadora. Después compró algodón, equipos de soldadura y comenzó a tejer ponchos, manteles, caminos de mesa, cortinas, individuales y pareos. En 2003 creó el taller Manos Doradas en honor a la cultura precolombina y se dedicó a visitar las ferias artesanales de todo el país. Con sus ponchos ha vestido a los expresidentes Álvaro Uribe y Juan Manuel Santos, a reconocidas figuras como Vicente Fernández y a importantes clientes como el Ejército Nacional y la Licorera de Cundinamarca.

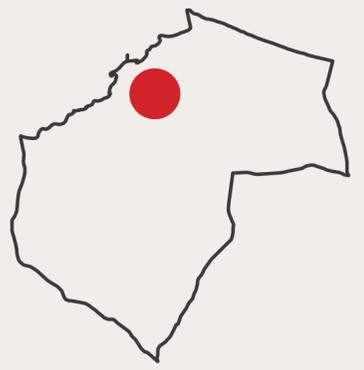




Todos los días teje con algodón natural y polialgodón, pues asegura que la mezcla de ambos materiales les da fuerza a sus tejidos. Primero prepara el urdido, una tarea que le toma tres días. Luego selecciona la cantidad de hilo, organiza la tela en el telar horizontal y comienza el proceso. Los ponchos generalmente se hacen de un solo tono, mientras las mantas y pareos se tejen en tafetán con diseños geométricos y diagonales. Cuando las piezas están listas pasan a confección, acabado, etiquetado y empaque.

Reinaldo vive en la localidad 19 de Ciudad Bolívar, donde se ha convertido en un referente para la comunidad no solo por sus diseños sino porque, desde hace muchos años, decidió emplear en su taller a habitantes de calle. Se propuso darles una oportunidad y enseñarles el amor por el oficio. Reinaldo les consigue ropa, los capacita y, durante unos meses, les da alimentación y vivienda. Por su taller han pasado muchísimas personas que han encontrado en la tejeduría un propósito de vida. Ahora espera seguir creciendo para ayudar a muchos más y continuar inspirando con su ejemplo a una de las localidades más vulnerables de Bogotá.

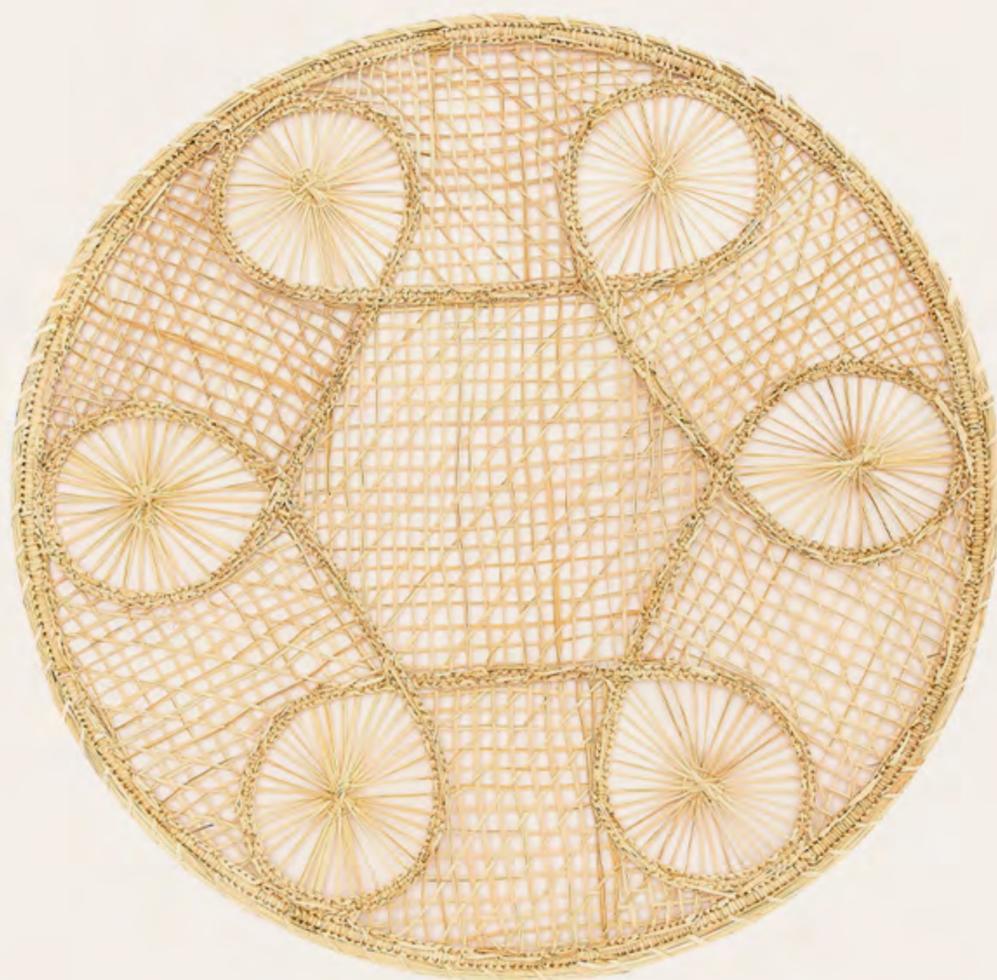




46 . LAS ARAÑITAS DE USIACURÍ

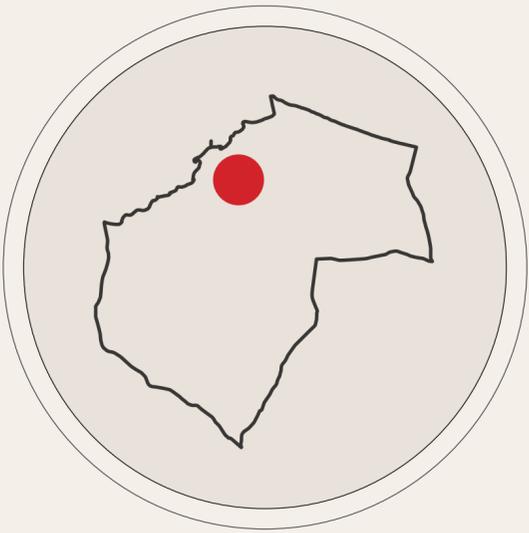
Sandra Patricia Muñoz se mudó a la casa de sus abuelos maternos. Llegó junto a su mamá y pronto se integraron a la dinámica familiar. Durante el día su abuelo se dedicaba a cultivar la tierra, pero al caer la tarde, cuando el sopor de Usiacurí había amainado y el viejo regresaba a casa, la pequeña Sandra se sentaba junto a su abuela y su madre, en el patio trasero, a trencillar círculos para hacer individuales de palma de iraca. De esa manera aportaban a la economía familiar. Pero Sandra quería conocer de lleno el oficio, y les pidió a su mamá y a su abuela que le enseñaran a coser, a hacer los pilares de mimbres y le mostraran las diferentes puntadas que han hecho que Usiacurí sea reconocido como un pueblo de tradición artesanal. Hoy tiene 33 años y está al frente del taller Sandra Muñoz Artesanías, el cual fundó en 2016.

El proceso con el que se elaboran los artículos en palma de iraca se inicia con la preparación de una estructura en alambre dulce. Sea cual sea la pieza para realizar (bolsos, paneras, lámparas, carteras, monederos, etc.) se monta sobre el alambre en donde se trencillan las fibras de palma siguiendo la puntada que el artesano quiera darle. Por ejemplo, la puntada de la arañita, una de las más representativas del pueblo, con la que se va tejiendo la fibra sobre la estructura montada por los soldadores del taller. Otras famosas puntadas son la de la flor de papaya, la puntada estrellita y la trenza de chuchumeco. Luego, dependiendo de la pieza, se deja el color natural de la fibra o se tintura con colores vivos que resaltan el carácter del producto final. Sandra cuenta que los diseños de su taller surgen de la inspiración de los artesanos de Usiacurí. Les gusta dejarse permear por los cantos y formas de los pájaros, las lianas enormes de los árboles o los colores vistosos de las alas de las mariposas.





LAS ARAÑITAS DE USIACURÍ



Hace cuatro años, al momento de su fundación, el taller de Sandra Muñoz contaba con 22 artesanos, la mayoría de ellos amigos y familiares. Con el auge de las artesanías en fibra de palma de iraca y la demanda de bolsos, lámparas y carteras que esta empresa ha tenido, el taller creció de tal forma que hoy cuenta con 120 empleados, los cuales se reparten las tareas de soldadura, tejeduría, empaque y administración. Esto le ha permitido a igual número de familias de la región prosperar económicamente. Además, Sandra prefiere emplear a mujeres cabezas de hogar, a personas de la tercera edad con habilidad para el oficio y a jóvenes que deseen continuar con una tradición que ha hecho de Usiacurí un importante centro de la tejeduría en el país.





47

○ LAS FIBRAS DE TEODULA

Teodula Mancilla asegura que a los siete años ya sabía tejer. Aprendió viendo a su mamá hacer sombreros y canastos para recoger la cosecha de lo que su padre sembraba: maíz, arroz, yuca y plátano. Desde entonces, supo que quería ser artesana. En las mañanas estudiaba en una escuela en Guapi, Cauca, y en las tardes se dedicaba a tejer con diferentes fibras naturales como el matambe, el chocolatillo y la paja tetera. Hace 24 años, se unió con otras 25 artesanas para crear la Cooperativa Coopmujeres, donde semanalmente se reúnen a trabajar para surtir el almacén que tienen en el municipio y vender sus piezas en ferias artesanales de Cali, Medellín, Bogotá y Cartagena. A los 69 años, Teodula se levanta de madrugada, prepara el desayuno y el almuerzo, y se sienta a tejer canastos, sombreros, abanicos y contenedores hasta que oscurece. En su tiempo libre se dedica a enseñarles a jóvenes del municipio la técnica para mantener vivo el legado de los ancestros.



LAS FIBRAS DE TEODULA

Teodula trabaja con la paja tetera, una fibra resistente que se caracteriza por su color blanco natural. Para conseguirla se adentra en la selva, selecciona los tallos que necesita y los lleva a su casa, donde los corta con un cuchillo y los seca durante dos días a la sombra. Luego los frota sobre una tabla para poder extraer la fibra y comenzar a crear sombreros (que puede tejer en cuatro o cinco días), portavasos, individuales, caminos de mesa y esteras que teje a mano y finaliza en la máquina de coser. Con la fibra de la matamba (una palma espinosa de 15 metros de largo) y el chocolatillo (una fibra que tintura con plantas naturales, cáscaras y frutas) hace abanicos, paneras, contenedores que se utilizan como materas o portaparaguas, y canastos de diferentes tamaños en rayas negras y blancas, los cuales se han convertido en las piezas favoritas de los clientes.





La elaboración de canastos y contenedores es una práctica ancestral en varios municipios de la costa Pacífica, los cuales se tejían para suplir las necesidades del hogar: recolectar el arroz, la yuca y el maíz, cargar la pesca y recoger la ropa. Sin embargo, con el paso del tiempo los artesanos de la región comenzaron a comercializar estos objetos como una manera de transmitir su cultura y generar

otro tipo de ingresos. Hoy Guapi es conocido por producir artículos de calidad realizados con fibras vegetales de la selva y la destreza manual de artesanas como Teodula, quienes transmiten el amor que tienen por el oficio en cada una de sus creaciones.





48. LAS MADERAS DE TURBACO

Teresa Barrios aprendió a tejer a los ocho años al lado de su madre. Hacia suéteres de lana y carpetas y manteles de hilo. Aunque le gustaba el oficio su sueño era ser abogada. Pero cuando terminó el colegio no consiguió los recursos para matricularse en la carrera y comenzó a trabajar en una empresa de telecomunicaciones y a estudiar peluquería. Para sacar a su hijo adelante, durante 20 años cortó el pelo y vendió palitos de queso, empanadas y enyucados congelados. Pero en 2012 la vida le mostró otro camino cuando la gobernación de Bolívar comenzó un proyecto para capacitar en diferentes oficios artesanales a varias personas del departamento. En Turbaco, donde vive Teresa, comenzó una iniciativa para hacer objetos decorativos en resina, pero la población no conectó con el oficio y propusieron enfocarse en la madera, ya que en el municipio abundan la teca, el colorado y el cañahuate. Así nació la Cooperativa de Artesanos de Turbaco. Empezó con 26 artesanos, de los cuales hoy quedan cinco que se han dedicado a la producción de objetos de cocina y jarrones que comercializan en Bogotá, Cartagena y Turbaco.



A los 57 años, Teresa Barrios trabaja con otras tres mujeres y un hombre en uno de los pocos talleres de madera de Turbaco. Mientras él se encarga de manejar el torno, ellas se dedican a elaborar objetos con las técnicas del vaciado y el tallado de madera. En el torno, un conjunto de máquinas para mecanizar, ranurar, cortar, lijar y pulir piezas de madera, se realizan objetos redondos como los bowls y las ensaladeras. El vaciado se ejecuta con gubias y mazos de goma. Una vez se han definido las medidas del objeto, se corta la materia prima y se introduce en un molde para después darle forma e ir desprendiendo los pedazos de madera. El tallado lo realizan a mano con serruchos, gubias, formoles y lijas. Es un proceso delicado en el que van esculpiendo diseños que están inspirados en hojas y flores de la región.





LAS MADERAS DE TURBACO



La labor artesanal que más se ha destacado en Turbaco ha sido la tejeduría, sin embargo, gracias a diversos proyectos de la gobernación de Bolívar y a diferentes capacitaciones realizadas por Artesanías de Colombia, el oficio de la madera ha ido tomando cada vez más fuerza. Pero para Teresa Barrios el impacto que ha tenido el trabajo de la cooperativa ha sido mayor en ciudades como Cartagena o Bogotá. Según

cuenta, en el municipio hasta ahora se están dando los primeros pasos para consolidar el oficio. Por eso, uno de los grandes proyectos de la Cooperativa de Artesanos de Turbaco es la creación de un grupo de estudio en el que los jóvenes se conecten con la madera y entiendan la importancia de seguir propagando este conocimiento.





49

LOS CANASTOS DE TOMASA

Tomasa Quiñones nació en el municipio de Magüí Pañán, Nariño. Es la mayor de 18 hermanos y a los ocho años aprendió a tejer canastos de iraca y bejuco yaré en los que sus padres cargaban los alimentos que cosechaban. Tomasa soñaba ser secretaria o policía, pero se casó muy joven y se dedicó al hogar. En 2004 tuvo que dejar su pueblo debido a la violencia y buscar una nueva vida en Cali. Llegó con sus tres hijos y, para salir adelante, comenzó a vender chontaduros y cocadas. Un día, desesperada, le preguntó a Dios qué podía hacer para vivir de la artesanía. Según cuenta Tomasa, Dios le susurró al oído la palabra “canastos”. Ese mismo día se encontró en la calle un pedazo de paja tetera y decidió que esa sería su materia prima. Aunque llevaba más de 30 años sin hacer canastos, sus manos no habían olvidado el oficio. Al mes recibió un pedido que le confirmó que estaba en el camino correcto: hacer 200 canastos para una fundación. Desde entonces, ha seguido trabajando para diferentes clientes y proyectos, y ahora sueña con empezar a exportar sus creaciones.



Del tallo de la paja tetera sale la fibra con la que Tomasa cose canastos, sombreros, individuales, bolsos, abanicos, gorras, viseras y aretes. La fibra se la compra procesada y trenzada a cultivadores de Nariño y Chocó, y en su casa la tiñe poniéndola en una olla con agua hirviendo llena de flores y raíces. Luego enjuaga la fibra y la deja secar durante ocho días. Las trenzas las hace a mano y después cose a máquina. Tomasa asegura que Dios es quien le envía los diseños, por eso cada vez que visita una feria llega con nuevos productos y tejidos. Sin embargo, su pieza estrella sigue siendo el canasto. Hay para cargar la ropa y el mercado, para llevar la leña o para guardar juguetes y diversos objetos. La paja tetera es resistente, aguanta el peso y el agua, y por eso sus productos parecen ser inmunes al paso del tiempo.





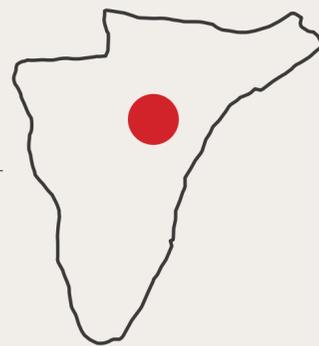
LOS CANASTOS DE TOMASA



A los 64 años, Tomasa es un ejemplo para muchas mujeres. Con su determinación ha logrado posicionar sus artesanías en las diferentes ferias del país y hace tres años creó su propia marca: Artesanías Tomasita. Además, desde hace 16 años les ha dado trabajo a decenas de mujeres jóvenes, la mayoría madres cabeza de familia, y a personas de la tercera edad que quieren aprender el oficio y tener un sustento de

vida digno. Tomasa les enseña la técnica y les transmite el amor por la artesanía. Luego les reparte la fibra y les paga el trabajo que cada una realiza. Entre todas han salido adelante y han dignificado el canasto, un objeto bello y funcional que vuelve a estar presente en los hogares de miles de colombianos.





50 . LA HERENCIA DE LA GUADUA

Zoraida Collazos se enamoró de la guadua gracias a su padre, quien después de dedicarse durante años a la agricultura, decidió aprender cestería en diferentes talleres de Quimbaya, Quindío. A Zoraida le gustaba acompañarlo a los guaduales, seleccionar la materia prima, extraer la fibra y luego ayudarlo a tejer a mano canastos, roperos, contenedores y licoreras. A los 22 años se graduó del colegio y decidió explorar diferentes pasiones. Realizó cursos de modistería, estética, culinaria y tejeduría de bolsos hasta que, a los 27 años, decidió que la cestería era su camino y se consagró al oficio. Para prepararse en temas de distribución y comercialización, hizo un curso de contabilidad en el Sena y uno de Comercio Exterior con Artesanías de Colombia. En 1997 fundó, junto con su papá y dos hermanos, el taller Quimbaya Productos Artesanales, especializado en la cestería con guadua. A los 53 años, Zoraida sueña con transmitir todo lo que sabe para que las nuevas generaciones mantengan vigente este conocimiento en la región.



John Fredy Collazos, el hermano de Zoraida, se encarga de conseguir la materia prima. A las seis de la mañana, en tiempos de luna menguante, se interna en los guaduales de la zona, busca plantas que midan más de 15 metros y tengan entre seis y siete meses, y las corta en tres partes con un machete. Luego, con la ayuda de Zoraida, extraen la fibra con un cuchillo, la seleccionan, la dejan secar al sol durante dos días y después lijan las tiras de la fibra y las remojan. La fibra más gruesa la utilizan para tejer canastos tradicionales que se usan para cargar el mercado, las frutas y el café, y la fibra más fina y brillante la emplean en la realización de portahuevos, paneras, lámparas y roperos.





La cestería se ha desarrollado en Quimbaya y varios municipios del Quindío desde hace más de cien años. Cuentan que cuando existió el Ferrocarril de Caldas (1911-1951) era usual que los artesanos salieran a las vías a vender canastos y contenedores de guadua. También era común usarla para hacer esteras que se empleaban como morteros en la construcción de las casas de bareque. La estera de guadua se ponía

sobre la pared y encima se aplicaba cemento para evitar la humedad y el frío. Sin embargo, con el paso del tiempo el oficio ha ido decayendo en la región. Los cultivos de guadua han disminuido y muchos han optado por dedicarse a otros oficios como la carpintería y la joyería. Pero Zoraida Collazos no se da por vencida. Ella sigue empeñada en mantener viva una labor que hace parte de las tradiciones más antiguas del municipio.



ARTÍFICES No. 15



Gerente General

Ana María Fríes Martínez

Jefe de la Oficina Asesora de Planeación e Información

Carmen Liliana Maldonado Cárdenas

Especialista de la Oficina Asesora de Planeación e Información

Camilo Ernesto Rodríguez Villamil

Comité editorial

Andrés Felipe Suarez

Paulina Montoya Arango

Camilo Rodríguez Villamil

Coordinación editorial

Camilo Ernesto Rodríguez Villamil

Textos

María Alexandra Cabrera

Diseño editorial

LDG Studio Desing

Fotografía

Linktic

Mónica Barreneche

Iván Ortiz

Banco de Imágenes Artesanías de Colombia

Nota aclaratoria:

Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

© ARTESANÍAS DE COLOMBIA

Todos los derechos reservados.

Carrea 2 No. 18 A -58

www.artesantiasdecolombia.com.co

50
HISTORIAS

Catalogación en la Publicación Artesanías de Colombia

Artífices 15 /
Artesanías de Colombia. - Bogotá : Artesanías de Colombia,
2014- .--
No. 1 (2014)-No. 15 (2021).

Volúmenes: ilustraciones; 27 cm.

Semestral

ISSN: 2357-5352

1. Artesanías - Investigaciones - Colombia - Publicaciones seriadas --
2. Artesanos - Colombia - Publicaciones seriadas -- 3. Desarrollo
artesanal - - Colombia - Publicaciones seriadas -- 4. Oficios
artesanales - Colombia - Publicaciones seriadas I. Colombia.
Ministerio de Comercio, Industria y Turismo. Artesanías de
Colombia

745.5--dc23

JMCH-CERV/CENDAR